

Por la senda de lo ausente
Trayectorias, muros y puentes de la ciudad-sujeto

MARIANA BETANCUR GÓMEZ

TRABAJO DE GRADO
Presentado como requisito para optar por el
Título de Profesional en Estudios Literarios

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
Facultad de Ciencias Sociales
Carrera de Estudios Literarios
Bogotá, 2015

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
CARRERA DE ESTUDIOS LITERARIOS

RECTOR DE LA UNIVERSIDAD

Jorge Humberto Peláez Piedrahita, S.J.

DECANO ACADÉMICO

Germán Rodrigo Mejía Pavony

DIRECTOR DEL DEPARTAMENTO DE LITERATURA
Cristo Rafael Figueroa Sánchez

DIRECTOR DE LA CARRERA DE ESTUDIOS LITERARIOS
Jaime Alejandro Rodríguez Ruiz

DIRECTOR DEL TRABAJO DE GRADO

Lina Ximena Aguirre

Artículo 23 de la resolución No. 13 de julio de 1946:

“La universidad no se hace responsable por los conceptos emitidos por sus alumnos en sus trabajos de tesis, sólo velará porque no se publique nada contrario al dogma y a la moral católica, y porque las tesis no contengan ataques o polémicas puramente personales, antes bien se vea en ellas el anhelo de buscar la verdad y la justicia”.

AGRADECIMIENTOS

A Lina, por casarse académicamente conmigo cuando yo siquiera sabía qué iba a ser de mí

A Juan Camilo por dedicarme noches de charlas, consejos y alentarme cuando todo parecía ser tan absurdo

A Vane, por ser la excusa de un viaje del que nacería este deseo

A Jessica por leerme siempre aunque todo fuera tan vago en un principio

A Violeta por los años en los que, ausente, siempre ha estado presente

A Pacho por “cochechar” a cualquier hora del día y de la noche

A Andrés por sus crudos comentarios

A Amín por ser el merecedor de toda mi fe y toda mi confianza...

A Sandra por salvarme de los caprichos de mi computador

A Melissa por mostrarme mi propia tierra

A Óscar por tachar y subrayar mis ensayos. Por ascender las preguntas cuando levanta el dedo índice de su mano derecha

A La Mona que siempre está presente

Contenido

<i>Esta Poética</i>	2
<i>Augenblick</i>	3
<i>Intersecciones</i>	5
Begrande y Bepequeña	6
La ciudad y la autopista	12
La ciudad mil veces repetida.....	16
<i>Weltschmerz</i>	20
<i>Geografía de lo desconocido</i>	22
La ruta imaginaria	23
Las ciudades de los días	27
Buenos Aires <i>en Violeta</i>	29
De ojos bermejos.....	43
<i>23 de octubre de 2015</i>	43
<i>Abriendo camino en Por la senda de lo ausente: De la memoria, las ciudades y su identidad</i>	56
La ciudad contada	60
La ciudad recorrida	63
La ciudad recordada.....	68
El problema del olvido.....	71
El espacio ausente	73
Construyendo identidades.....	76
<i>Bitácora</i>	84
Referencias.....	91
Bibliografía	92

*No, nada hay de humillante en mostrarse
a los demás tal cual se es y nadie tiene
la propiedad exclusiva de su yo*

Pär Lagerkvist

Esta Poética

Augenblick

Los deseos son ya recuerdos.

Isidora. Italo Calvino.

A veces las ciudades se me duermen. Reviso mis fotos y me siento un poco más tranquila, aunque nostálgica. Y veo que esa nostalgia es buena, nada fiel a la realidad oficial que me muestra la imagen.

Debo confesar que no tengo cámara y aseguro que muy pocas veces la he sentido necesaria; aun así nunca me han faltado las fotos. Casi toda mi colección se compone de impresiones de otros que, al sobrecargar la memoria de mi computador con sus deseos de recuerdo, me obligan a inscribirme en sus momentos y no me queda más que recordar con otros ojos. Me pregunto qué afán crepita en su interior para temer tanto al olvido, disparar y disparar fotos que no me dicen mucho más que una calle existe, sin plasmar nada cercano a una nueva impresión de ella. Foto vacía que pretende hacer recordar al viajero que algún día estuvo ahí, que en cierto sentido lo único entre el monumento famoso y él era la cámara y orgulloso la muestra ya sin recordar mucho de lo que pasó aquel día que tomó la valiosa fotografía. Me causa curiosidad este deber de registrar que tienen —tenemos— los turistas. La foto turista encuadra y limita, habla menos. Esa foto ¿qué añade? Esa foto congela, detiene el tiempo y nos hace recordar lugares inmóviles, ¿es la prueba de mi presencia en otras partes?, responde a itinerarios turísticos, a monumentos de catálogo, es propiedad de *Google*.

La literalidad fotográfica es sospechosa, pretende unificar la experiencia, detenerla, se hace pasar por un simple *parpadeo de ojos*.

No podré negar que hoy, cuando veo las impresiones fotográficas de los lugares que recorrí, algo sucede, y estos recuerdos tangibles —plasmados a imagen y semejanza de la realidad— que me producen reacciones diferentes a todo lo que recuerdo en un lugar de mi cuerpo que no sé bien dónde se localiza —olores, sabores, sensaciones e incluso imágenes en acción constante— también funcionan como primer detonante de recuerdo. Crédito que debo

darle a la foto. Prefiero las fotos cuando me recuerdan acompañantes de viaje, pero a veces el devenir de esas emociones que se traen de lo sucedido ni siquiera necesita de la máquina, porque mis párpados actúan como obturador de mis instantes emotivos. De todo esto se podría decir que de una foto miles pueden ser testigos y de un simple y nebuloso recuerdo, nadie; pero para eso existe la palabra y decido aquí plasmar las representaciones móviles de algún pasado, de mis ciudades, de mis recorridos. Y aunque los reconstruya infieles, los invente absurdos, los cuente diferentes mil veces, sé que su valor es el cambio. Su virtualidad de cambio les da vida, los activa y los renueva para hacerme evocar desde adentro y complacerme a la vez con la infidelidad de mis recuerdos que, a veces removidos por la literalidad del álbum de fotos, hace que mi inquietud ascienda y el deseo de movimiento me asalte nuevamente

Intersecciones

Begrande y Bepequeña

–El secreto, por lo demás, no vale lo que valen los caminos que me condujeron a él.

Esos caminos hay que andarlos.

Jorge Luis Borges. “El etnógrafo”.

Siempre ha sido confusa para mí la idea de emprender un viaje. Antes, porque nunca lo había vivido; ahora, porque el regreso cayó sobre mí de manera abrumadora. Todos siempre se iban y junto a su partida estaba yo despidiéndolos. Luego, el regreso me llenaba de entusiasmo, aunque no fuera el mío y las historias fueran ajenas. De alguna forma podía vivirlas en la voz de ese otro deslumbrado o incluso en su desengaño. Pero siempre he sabido, como aquel hombre del que habló Saramago, que “de tierra soy yo, y no ignoro que todas las islas, incluso las conocidas, son desconocidas mientras no desembarcamos en ellas”. Sabiéndolo, no recuerdo muy bien el impulso que me llevó a darle inicio a mi propio viaje. No recuerdo muy bien quién era yo en ese antes, y ahora solo tengo la imagen de mi “yo pasado” difuminada.

De vuelta, aunque siento que jamás partí, no puedo decir que soy la misma. El vacío de no saber cómo lo imaginé, cómo di mis pasos sobre esa tierra que fue desconocida y a ratos conocida, y cómo la recuerdo ahora... Es eso lo que me abruma –¿aún me abruma?–. Es por esto que creo necesario el trabajo de andar de nuevo sobre los caminos que recorrí antes de embarcar, repasar en mi memoria los pasos que seguí antes del viaje: preparar mi mente y mi equipaje para climas desconocidos. Y esta preparación es también parte del viaje, es el primer camino que me llevó a la sensación del *secreto* que aprendería. *Secreto* que viví y ahora solo intento asir para despojarme de todas las ideas que puedan ser falsas. Sé que pasará el tiempo y el recuerdo seguirá distorsionándose. Sin distorsión, todo lo que recordamos será lo ya dicho, lo ya representado; por tanto, el vínculo que establecemos con lo vivido será ajeno. La no distorsión es imposible. Esta distorsión, como la veo, requiere al menos tres momentos que considero pertinentes: idealización, recorrido desmitificador y nueva mitificación. ¿Cómo se idealiza antes de decidir salir?, ¿con qué absurda cotidianidad se recorre lo nuevo y hasta cuándo el recuerdo es

fiel (que se presenta con una sensación extraña de somnolencia)? ¿Idealizo ahora de otra manera?

Me releo desde el regreso y pienso que ya no sé en qué pensaba. Porque a medida que avanza el tiempo y la memoria se difumina, ya no me importa tanto si mi recuerdo es fiel o no. En cambio me pregunto si lo felizmente abrumador de él compita con lo que es en realidad mi querida (y viajada), pero aún invisible, Ciudad de la Bepequeña de la que hablaré.

Quiero servirme de Italo Calvino para adentrarme en el tema de la memoria. Tal vez resulte un tanto abstracto, pero no quiero buscar más allá de sus *Ciudades invisibles* mis posibles respuestas. Así también quiero copiar su tono.

“Cada hombre lleva en la mente una ciudad hecha solo de diferencias, una ciudad sin figuras y sin forma, y las ciudades particulares la rellenan”, dice Calvino; y yo entendí la ciudad en la que he vivido, la que algunos llamarían su ciudad (¿mi ciudad?), cuando caí en el abismo de las diferencias. Es en el reconocimiento de la diferencia donde el viaje se enriquece. Si no hay un punto de partida con el que se haya configurado lo que soy y me sirva para encontrar(me) en un nuevo espacio, el viaje no se hace (o hará) efectivo.

En la ciudad de la Bgrande siempre ha sido todo muy ruidoso y caótico. Aun así tiene un encanto que surge de haberme hecho en ella. Últimamente he empezado a recordarla diferente. La recuerdo por las tardes pensando en la mañana y a veces en las mañanas recuerdo cuando en ella fue la noche anterior. Y estos nuevos recuerdos de distintas ciudades, la que es ella en las mañanas y la que es en las noches o en las tardes —aunque mi memoria no es la de Funes, sí encuentro las diferencias—, me hacen preguntarme por la pulsión del viaje. Antes la recordaba cada día siempre igual, pero ahora que ya pude dejarla por un tiempo no muy largo, la veo, en medio de su estancamiento, diferente cada día. Y en ello podría radicar *el secreto*: en encontrarla otra y compararla constantemente. Pero no, ese no es *el secreto* que he aprendido, y tal vez lo que me impide estar tranquila es que ahora “los deseos son ya recuerdos”.

Muchos no solo saben, sino que viven la dificultad del vivir que hay aquí, en la ciudad de la Begrande. Es probable que haya construido una ciudad en mi memoria y B haya ido creciendo por eso, porque a pesar de ser efectivamente muy grande, mi vida transcurre día a día en un área muy restringida. De todas formas, la he dimensionado así: ¡Grande! Pero antes era más abarcadora porque no conocía la ciudad de la Bepequeña.

En la ciudad de la Bepequeña hay un caos diferente, los bepequeños siempre están tranquilos por la sencilla razón de que no hay bepequeños; y cuando, por casualidad, alguien encuentra a uno tomando un café o una cerveza, todos los que están alrededor detienen un bocado o sorbo para lanzar una mirada llena de desconcierto. Pero es este el único momento en el que para un bepequeño importa el origen de otro que comparte con él la mesa del café, la silla del metro, la banca de un parque o el andén al frente de un *spätkauf*.

Las dos ciudades, en su diferencia, han ido creciendo en mi memoria. Pero Begrande, en su inmensidad, me hace sentir más encerrada.

Los edificios en Bepequeña son pequeños —como lo es casi todo— pero por esto mismo puedo ver cómo el cielo se ensancha y no olvido nunca que afuera hay un mundo enorme. El cielo se ve completo. Y solo hace falta subir a una montaña mentirosa de ochenta metros de altura, construida con las ruinas de su pasada destrucción, para verla toda y aun así dejarle espacio a la vista para imaginar los continentes que están tan lejos.

Y así como Bepequeña recuerda un mundo inmenso que está afuera, desborda también su pasado en las marcas del concreto: “no (solo) está hecha de esto la ciudad, sino de relaciones entre las medidas de su espacio y los acontecimientos de su pasado”, y esto tiene de inmenso como Zaira, la ciudad invisible de Calvino: “la ciudad no dice su pasado, lo contiene como las líneas de una mano, escrito en los ángulos de las calles, en las rejas de las ventanas, en los pasamanos de las escaleras, en las antenas de los pararrayos, en las astas de las banderas, surcado a su vez cada segmento por raspaduras, muescas, incisiones, cañonazos, comas”. Bepequeña es más antigua que Begrande, tiene más recuerdos y se ha concentrado en no olvidarlos, en que sus habitantes se sientan diminutos ante su historia y así amen y cuiden su porvenir. Begrande está

sumida en el olvido, nadie sabe muy bien de dónde viene, qué culpas ni qué juicios carga ante el mundo: los begrandes se sienten imponentes sobre su presente y destiñen constantemente su pasado.

Ya para este punto intento retomar la escritura y con ella mi memoria, la línea comunicante entre las dos ciudades, ese viaje y la imposibilidad de recordar. Pero me doy cuenta de que esta línea se ha vuelto cada vez más difusa, los límites son porosos y he hecho caso a Calvino: he rellenado la ciudad tormentosa con la que en algún momento pensé gloriosa.

Cuando hablé antes de la idealización que precede al momento en que nos enfrentamos a un lugar nuevo —y este siempre acarrea un viaje—, pensaba en cómo se detuvo mi imaginario tantas veces a pensar en esa vida afuera de lo que conocemos rutinario. Las películas, las fotos, las historias oficiales que aprendemos en los libros —en los de Historia—, las referencias de los que ya han dado el salto... todo esto nos contagia y el delirio del aventurero se apodera de cada poro que tenemos. Y uno sueña con que algún día llegue la partida. Cuando este día llega, uno ya se ha ido hace mucho tiempo y ha estado estancado en el limbo de la preparación —me imagino que este limbo para todos dura un tiempo diferente, el mío habrá durado un mes que se sintió como un año—. Luego se llega en cuerpo y el impacto de lo desconocido hace que se sufra algo así como una caída en picada al desasosiego. Quiero aclarar que no me refiero aquí al viaje corto, con el que descubrimos lo que ya los libros nos han mostrado: al que es de carácter turístico. Ese, a diferencia del viaje largo, produce afán de recorrer todo lo que más se pueda en uno, dos y tres; en conocer y enterarse, en ser observador de la ciudad y mantener las distancias porque buscar arraigo en algo tan distante y para tan corto tiempo no parece tener mucho sentido. Aun así, en los viajes cortos también se crean pequeñas rutinas que desde el comienzo están destinadas y programadas a morir cuando el *tour* termine. No, este desasosiego del que hablo no es producto de viaje-*tour*. Hay un quedar pasmado por lo que viene en los viajes largos, en los que hay que establecerse dentro de dinámicas en las que, al de-construir el “yo”, también se construye con un valor acumulativo de los muchos “ser yo”. Podría ser este el primer detonante de cambio en el imaginario que veníamos construyendo antes de dar el salto al viaje: esa ciudad que pensé siempre de alguna forma, ahora se plaga de la montaña que cargo con mi historia, de mi propia *Teufelsberg*.

Hubo tres *limbos* en mi viaje. El primero, el de la preparación, y existe también otro *limbo* que pertenece más bien a un estado, o a un punto, en la trayectoria recorrida que quisiera separar como otro viaje: el regreso, la culminación del *gran viaje*. Este viaje, aunque largo, tiene fecha de caducidad. Este *limbo*, el segundo, podrá ser entonces más monstruoso, ya que lleva consigo el dolor que trae haber caído en el abismo de las diferencias.

Creo que casi todos escogemos un libro para el viaje. Un objeto fetichizado y puede pasar que jamás lo abrimos y lo usamos más bien para guardar recuerdos materiales del viaje, tal vez con la esperanza de que al pasar los años revivan algo en la memoria. Abrí el mío muchas veces casi siempre para guardar un mapa que ya no servía de nada, una foto que creí encerraba personajes de Bepequeña, el envoltorio de un chocolate que en Begrande no existía, a veces para leer lo ya leído... y un día, el último día —que eran dos— guardé en mi libro una bolsita de papel que encontré en el compartimento donde está el manual que tienen los aviones para manejar con cordura las posibles catástrofes. Y escribí en ella el segundo de mis *limbos*, sin haber escrito o entendido antes el primero. Y no me había dado cuenta aún de que el *limbo* se había encarnado en avión, en cielos que no son de nadie y que eran la suspensión, el detenimiento del viaje. La bolsita sirve para un incontrolable vómito o para respirar de manera adecuada en caso de que el pasajero hiperventile. A mí el pánico me tenía invadida. La bolsita vino a cumplir su labor cuando abrí de nuevo el objeto olvidado que aquí, de regreso en Begrande, dejó de ser mi fetiche porque estaba en el lugar al que pertenecía. Y vi que aunque hubiera escrito lo que ni yo entiendo muy claramente, sabía de alguna forma que mi suspensión en ese *limbo* duraría un buen tiempo y entonces el segundo *limbo*, que fue materializado, da como resultado el tercero, del cual no se puede salir nunca porque nunca podría, a partir de ese momento, concretar lo que significó el viaje.

Siento, finalmente, que el tercer *limbo* consiste en el eterno intento de descifrar *el secreto* por el que se recorrieron los caminos. Es difícil comprender lo aprendido, lo aprendido más bien se manifiesta, es un síntoma de la hermosa enfermedad de no ser la misma.

Me cuesta hasta este momento retomar la senda que intenté plantear en un principio. Me cuesta y creo que será imposible recorrer los pasos que di antes de embarcar. Porque creo que

lo que sucede ahora es que esos pasos no han terminado y los caminos recorridos en los que antes me hizo pensar Borges ya no son los mismos, y creo que nunca llegarán a serlo porque este mismo olvido hace que los reinvente, que los construya idealizados como construyo las ciudades que trazan una línea comunicante entre mis dos Marianas.

Creo entonces que ahora el viaje y la ruta que intento trazar ni siquiera pueden definirse en fechas o distancias. El impulso y el viaje que he estado intentando recordar da paso al tercero de los viajes. Este tercero es el de recorrer rutas del primero y del segundo. En ese sentido el tercero es un intento por recolectar, por coleccionar sensaciones e imágenes construidas, que siempre serán nuevas porque ya no estoy muy segura de lo que fui o fue o de lo que fui en lo que fue. El tercer viaje es mi intento por que no pasen desapercibidos los otros dos y así creo que será interminable.

Yo soy la tercera ciudad: ya que hay tres limbos y tres viajes, ¿por qué no tres ciudades? Y en ese sentido tres triángulos de correspondencia. Bueno, entonces digamos que yo soy la tercera ciudad:

En la ciudad Ce no hay nada que no se ocupe: es recipiente. Esta ciudad tiene un solo habitante y es por esto que no hay la necesidad de un gentilicio. La ciudad Ce contiene. Contiene a las demás ciudades, se copia, quiere camuflarse, se contagia, colinda con todas. La ciudad Ce envasa todo lo que cree que son Begrande y Bepequeña, entonces es nada, pero existe: es invisible. Ce se alimenta de ficciones, de utopías, de las voces que quiere darle a las otras dos ciudades.

Los viajes que aquí he escogido trazan la cartografía de Ce. Una cartografía interna que sigue la senda de puentes invisibles. También una cartografía externa, que sobrepasa los muros que delimitan los dominios memoriales de Ce.

La ciudad y la autopista

Hay una vida no tan lejana de la que recuerdo una *Mariana* diferente. Siempre supe que un día iban a cambiar mis días de montaña y pueblo por unos de ciudad que en ese momento me eran desconocidos. Tenía la idea de una ciudad que se hacía de las historias que me contaban mis papás sobre su infancia —cuando los barrios citadinos se parecían más a esa vida a la que yo estaba acostumbrada, en épocas en las que aún a los quince años mi papá jugaba a los vaqueros y por primera vez se conocieron las escaleras eléctricas—, una ciudad de primos que vivían bajo la custodia de porteros y vecinos, de niños del colegio que creían que me bañaba con agua fría y no tenía televisor. Eran días reposados, iguales siempre porque todavía no conocía el peso de lo frecuente.

Recuerdo recorridos que se me hacían tan cortos por los sueños —profundos pero incompletos— en los que caía al tocar el asiento trasero de la camioneta. Salíamos sábados o domingos del frío soleado de Tabio para entrar al sol bogotano que me punzaba inclemente por la ventana. A veces nos recibía una lluvia caótica que sonaba a pitos, carros acelerando, frenos atemorizantes. Ciudad húmeda y humeante. El bochorno me despertaba al fin, desesperada, con la tapicería marcada en mi cachete mojado de saliva. Así que de ese camino no sabía mucho, no sabía cuánto tardaban los trancones, no sabía si habíamos pasado ya de la mañana a la tarde y si la familia a la que visitábamos era la misma de la última vez. Sin embargo, siempre era una sensación de tránsito emocionante. Me cautivaba la extrañeza de esta ciudad de edificios, humo y trote; ciudad donde el afán se precipita con la lluvia. En Tabio la lluvia detiene, apacigua y ofrece tinto para esperar mirando por la ventana.

Unos años después, dejé de dormirme en el carro y entendí que el camino se llamaba autopista y que los buses en la ciudad no se llamaban flotas. Por esos mismos años, empecé a ir sola a la ciudad que me intrigaba. El camino se hizo fascinante y a pesar de que una cola de carros retrasara mi llegada solo pensaba en mi adolescente *Mariana* mientras esperaba. Por esos años conocí el centro de Bogotá. Y me sentía extranjera caminando por esas calles estrechas, con hombres de quijotesca figura, piel sucia y armaduras desgarradas pasando a mi lado. Cuando

pequeña ya había visto esos “locos” a los que mi mamá les tenía tanto miedo y de los que me apartaba, pero ahora los veía diferentes, cabalgando la ciudad que era más de ellos que mía. Perdidos pero orientados, ojos de humo que ya no necesitan ver para pronunciarse y son la ciudad. Y Bogotá se volvió entonces para mí las fiestas, las borracheras, y me mostró que los de mi edad me llevaban ahí como tres años, que sabían “cosas de adultos”. La vida de pueblo había transcurrido suspendida, como si empozados viviéramos felices para siempre en el escondite, empedrando la vida como las calles vírgenes de hace tiempo. Correr a las tres de la mañana en la mitad de la carrera quinta en la Macarena y creerme libre, creerme nueva y no vista por lo invariable del pueblo. Pero aún no pertenecía: en el regreso a la semana pueblerina, los ojos todavía me ardían de la niebla gris de la ciudad y la garganta recordaba la humareda plástica que me escupían los buses directo a la cara. Seguí haciendo el viaje semanal a mi ciudad secreta hasta que, sin darme cuenta, se convirtió en la ciudad de mi rutina.

La Bogotá norte y la Bogotá centro de las que el horizonte sólo me mostraba sus límites desconocidos y que hasta pensé infinitos, rápidamente se redujo a unas pocas cuadras que decidí habitar impetuosamente pero con miedo a perderme al atravesar sus fronteras invisibles. Mis días ascendían por la 53 hasta tomar la dirección sur de la carrera 7ma; confundida pensaba dos o tres veces si estaba segura de que mi camino continuaba hacia la derecha y luego recordaba las lecciones: “siempre que veas los cerros orientales, es muy fácil saber cuál es tu norte”. De todas formas era confuso y no sé si era que mi norte estaba trazado en direcciones que aún no conocía, que no apuntaba certeramente aunque mis pies ya hubieran entendido el recorrido que debían seguir. Creo que mis pasos entendieron antes que yo la necesidad de la orientación y marcaban el ascenso y la desviación con la seguridad de unos objetivos en la mira. Mis piernas fueron avanzando, conociendo la ciudad que ahora no me abría la mirada a lo desconocido sino que restringía con mecanicidad los rituales de mi jornada. Pero la búsqueda estaba incompleta, porque mi Bogotá implosionaba en fragmentos cada vez más superpuestos, más reducidos pero absolutamente congruentes. Creo que escogí la ciudad lógica, la que se parecía a sí misma, la coherente. Eran coherentes las casas, los edificios, las calles que escogía una detrás de otra, más adecuadas para eliminar el riesgo de lo desconocido. Descarté —o más bien deseché— muchos otros paisajes sin conocerlos.

Todo dejó de ser autopista, dejó de ser conexión. La atmósfera entre subir las escaleras de una flota en lo detenido y silencioso y bajarlas al momento mismo en que el estruendo se apoderaba de todos mis sentidos, era cada vez más esporádica y tenía tintes de regreso pero ya no de asombro por lo uno o por lo otro. Y el tránsito que antes desbordaba la emoción de ser grande —de crecer, de caminar sola por la ciudad, de sentirme dueña de lo que apenas fingía conocer— fue convirtiéndose en afán, temor, ira, y esperar las cuatro de la tarde para la cerveza reconciliadora del día que era además el impulso para el nuevo trayecto del final cansado de la tarde. Y lo que antes fue emocionante se convirtió en aburrimiento. Como pasa en las rutinas, los días se plagaron de lo antipoético y finalmente solo quedó el fastidio. Las no-autopistas, las pequeñas calles de la ciudad, se volvieron nada más que puentes entre las obligaciones del día.

Pasa con las ciudades que se vuelven *invisibles* —así como para el gran Jan las ciudades de su imperio se le desaparecían de la vista¹— por un andar que limita la mirada. Y al camino lo rodea un entorno desdibujado y está hecho de un pavimento al que se le borran las grietas, lleno de huecos que esquivo con brincos desprendidos de mí misma. Supe una maniobra para sacudir la imagen que se me ha dormido en las paredes, los cielos, las montañas, las alcantarillas, las cebras y los semáforos: el viaje. El viaje aparta de lo conocido y, como ya he dicho, nos arroja al abismo de las diferencias. Cuando parto, dejo atrás una ciudad intacta y la reiteración de los días. Se siente como si al regresar esa ciudad invisible me fuera a esperar estática en el movimiento interior de su esfera, que se cree impenetrable por la vida de ciudades que nada más rozan sus límites. Cuando en efecto se regresa, claro que todo ha cambiado y aunque no sean solo las casas

¹ *No es que Kublai Kan crea en todo lo que dice Marco Polo cuando le describe las ciudades que ha visitado en sus embajadas, pero es cierto que el emperador de los tártaros sigue escuchando al joven veneciano con más curiosidad y atención que a ningún otro de sus mensajeros o exploradores. En la vida de los emperadores hay un momento que sucede al orgullo por la amplitud desmesurada de los territorios que hemos conquistado, a la melancolía y al alivio de saber que pronto renunciaremos a conocerlos y a comprenderlos; una sensación como de vacío que nos acomete una noche junto con el olor de los elefantes después de la lluvia y de la ceniza de sándalo que se enfría en los braseros; un vértigo que hace temblar los ríos y las montañas historiados en la leonada grupa de los planisferios, enrolla uno sobre otro los despachos que anuncian el derrumbarse de los últimos ejércitos enemigos de derrota en derrota y resquebraja el lacre de los sellos de reyes a quienes jamás hemos oído nombrar, que imploran la protección de nuestras huestes triunfantes a cambio de tributos anuales en metales preciosos, cueros curtidos y caparazones de tortuga; es el momento desesperado en que se descubre que ese imperio que nos había parecido la suma de todas las maravillas es una destrucción sin fin ni forma, que su corrupción está demasiado gangrenada para que nuestro cetro pueda ponerle remedio, que el triunfo sobre los soberanos enemigos nos ha hecho herederos de su larga ruina. Sólo en los informes de Marco Polo, Kublai Kan conseguía discernir, a través de las murallas y las torres destinadas a desmoronarse, la filigrana de un diseño tan sutil que escapaba a la mordedura de las termitas.*

Italo Calvino. Las ciudades invisibles.

que fueron tumbadas, las calles que se volvieron avenidas, los lugares que no eran tan auténticos sino que copiaron algo de las ciudades tangenciales, hasta el *uno mismo* camina diferente. Y hay espacios que siempre estuvieron pero jamás existieron para la mirada invidente. La ciudad se va dibujando otra por lo que siempre *es*. Ese *es* confunde. Dependiendo de la plenitud o desasosiego al que llevó el viaje, el regreso atormenta o alivia.

La ciudad mil veces repetida

*Hay que guardarse de decirles que a veces ciudades diferentes
se suceden sobre el mismo suelo y bajo el mismo nombre,
que nacen y mueren sin haberse conocido, incomunicables entre sí.*

Las ciudades invisibles. Italo Calvino.

Lo verdadero no es cuestión de comprobación, sino de sinceridad.

A.R.

De ella no supe nunca sino hasta que, de camino entre campos de un trigo extraño, el tren me aproximaba a sus puertas. El camino fue muy corto, recorrido a velocidades que nunca había experimentado. El interior del tren parecía tener una atmósfera diferente a la que afuera permanecía estática y desolada; y sentía, como la mosca que viaja en dirección contraria al vehículo que la contiene, que mi velocidad se sumaba no solo a la del aire quieto —pero en movimiento— sino a la velocidad acaparadora del tiempo y a una historia desconocida y lejana para mi joven pasado.

Supe algunas cosas durante ese trayecto: que la ciudad alguna vez fue conocida como *la joya de Alemania* y que una vez había sido víctima de la impetuosa Inglaterra. Que un río la dividía en dos y que un puente le recordaba que era una sola. Pero no supe nunca que había caído una y otra vez, siempre alzándose de nuevo victoriosa y altiva.

La curiosidad que me invadía, sin embargo, no tenía tanto que ver con su historia sino más bien con la cerveza que esa noche mis anfitriones me llevarían a probar. Mi sorpresa fue que a la cerveza la rodeaba una calle de música —más cercana y conocida de lo que esperaba—, jóvenes tomando en los andenes y gomitas como las que venden en las tiendas de barrio en Bogotá. Entonces, según esto, nada de lo que hicimos esa noche pareció distinto y fue ahí cuando supe que mis vidas y sus vidas funcionan más o menos como un espejo, donde la imagen que vemos al frente parece ser la misma, pero no detenemos mucho la mirada en lo que es igual sino en lo que está al revés. Ese revés, para mí, estaba en la textura del aire, del ambiente. Y así,

aunque todo parecía ser exactamente igual a una noche en mi ciudad, donde la cerveza, los dulces, la luz de las calles, las charlas, fumar, reírnos, me parecieron familiares, el ambiente tenía una distensión potente que jamás sentí. Distensión que era el reflejo volteado de mis aires tensos y contaminados, temerosa por el peligro que me enseñaron a sentir en las calles.

Al día siguiente descubrí la memoria de la que eran víctimas sus habitantes. Y vi que todo en Dresden existe para reafirmarse constantemente. Las postales no contienen imágenes de lo que *es* sino de lo que *fue*. Sin embargo, lo que *es* tiene un dolor terrible mezclado con el orgullo de copiar lo que *fue*. Y entonces entendí que, con espíritu festivo, es un lugar que celebra la reinención como copia de su pasado. Es una ciudad que existe y se construye en la memoria de su destrucción. Sus ruinas, borradas de las calles, se recuerdan en las postales y la imponencia de sus edificios ha adquirido el valor de la reconstrucción; es como si recordara su tragedia para exaltar su presente y su fuerza. La memoria se detiene, se condensa, se acumula sin apurarse a decir algo pero lo grita y simula múltiples presentes: uno de ellos se alza orgulloso siempre en relación con su caída, otro nos quiere a los turistas sonrientes y cómodos —es una ciudad amable—, otro concede el privilegio de ver la grandeza de sus construcciones en el matiz del concreto antiguo, bombardeado y maltrecho de tono ocre, rescatado por un amarillo más claro y brillante. Son monumentos que presumen de sus cicatrices. Al final, esa memoria detenida hace que el extranjero que recorre sus calles tome instantáneas de la ciudad sin sentir el desbordado orgullo de ver la ciudad renacida.

Compré por unos pocos euros algunas postales que ya no tengo, porque nunca las compré para conservarlas. El recuerdo, aunque nebuloso en mí, no necesita de estas impresiones literales de lo que conocí; porque lo que conocí prefiero guardármelo —aunque fragmentado— en el campo de lo incierto. Y después de unos meses, estando de vuelta, leí que Italo Calvino escribió a Maurilia, y mi Dresden —o alguno de sus rasgos— existía en ella y me hizo entender lo que casi no pude intuir de esta ciudad postal de la que hablo:

En Maurilia se invita al viajero a visitar la ciudad y al mismo tiempo a observar viejas tarjetas postales que la representan como era: la misma plaza idéntica con una gallina en el lugar de la estación de autobuses, el quiosco de música en el lugar del puente, dos señoritas con sombrilla blanca en el lugar de la fábrica de explosivos. Puede ocurrir que para no decepcionar a los habitantes, el viajero elogie la ciudad de las postales y la prefiera a la presente, aunque

cuidándose de contener dentro de los límites precisos su pesadumbre ante los cambios: (...) que a través de lo que ha llegado a ser se puede evocar con nostalgia lo que fue.

Pero la ciudad vibra no solo de contar un pasado que imita y la maravilla de otra voz me abordó al tercer día. Nos levantamos temprano a caminar las calles que nos faltaban, unas calles que no eran tan ancianas, calles sin postales. En el medio de una fachada carcomida, una puerta en arco daba paso a un callejón del que no esperaba nuevos colores ni materiales de un tiempo más cercano. Adentro, una pared azul cielo con ventanas sin alineación entre ellas, rodeadas por tubos y embudos metálicos, me llenó de intriga. Y el mito de este edificio no deja de estremecerme: cuando llueve, dicen los dresdenianos, el edificio canta. La precipitación del agua se aligera al tocar sus cornisas, los marcos de las ventanas, los tubos en espiral abiertos que la esperan todo el día para cumplir su propósito y las ondas talladas en el concreto de su fachada recuerdan a un mar lejano o tal vez al río divisorio que habla en este rincón acuático de la ciudad. No me tocó la lluvia en mi corta visita y aunque el edificio esté desafinado, qué perfecto fantasma sonoro aún me abraza al pensar posible un edificio que canta.

Al frente respondía otro muro que no recuerdo si era más alto, pero mi memoria lo ve más bajo quizá porque el impacto fue menor. Sin embargo, también merece ser recordado. Amarillo: láminas de cobre onduladas rodean las ventanas; se supone que también hace ruido con la caída del agua, tal vez no tan bien afinado como el contrincante que tiene al frente. Esta contraposición de las dos fachadas no puede ser aleatoria, no quiero pensar que sus colores dependen de una combinación nada más que azarosa porque el calor del amarillo también se refleja en los tubos metálicos que son cuerdas vocales del *edificio agua* que tiene al frente. De pronto este otro canta menos porque su color caliente evapora las gotas apenas caen sobre él.

Caminando y avanzando más sobre el día me fijé que en cada edificio trepan cosas diferentes, en unos música y en otros enredaderas. Y las enredaderas, aunque no suenen, también hablan porque nos dan la noción del paso del tiempo. ¿Cuántos años fueron necesarios para que el sol jalara las hojas hasta las bocas de las chimeneas? De pronto entiendo que no importa cuántos, sino cómo pasaron esos años y cómo cuatro soles diferentes las alumbran cada año.

Primaveras tormentosas como primaveras reconciliadoras hicieron ver floreados los portones y los techos, pero los aires tibios a la piel helaron por dentro a los dresdenianos.

Ya establecí entonces que existen esas voces: una sonora, visual la otra y con movimiento, un movimiento imperceptible de vida en ascenso y cubrimiento. Y están también los muros y sus garabatos: *graffitis* que no sé de cuándo sean o cada cuánto cambien; los recuerdos mostrarse en una zona un poco alejada de los edificios memoriales. Imágenes de no sé qué seres extraños, qué lugares imaginarios. Como “ingenua turista” solo vi las paredes de esas casas *ocupas* a las que no entré pero cuya vida alcancé a ver asomada por las ventanas y los balcones destruidos, armados nuevamente con troncos de árboles, como otra vida extraña que no viviré. Pero me hablaron sus habitantes sin verme y yo sin verlos afuera de los lugares de los que se apropiaron sin permiso pero con derecho a tomar rincones olvidados de su ciudad. Descubro que Dresden también me habló de su memoria a través del olvido.

Dejamos la ciudad en la tarde del tercer día. Y al volver a la rutina de esa “vida falsa” que tuve en Berlín por cinco meses, recordaba mucho de Dresden sin darle tanta importancia. Hoy, que me importa más, todo lo que recuerdo está distorsionado. Puede ser que la primera noche de la que hablo no fuera la primera, que antes conocí los edificios que cantan y después los de las cicatrices. Mi memoria, como la de Dresden, puede llegar a ser engañosa, puede desdibujarse o tachonarse por la voluntad de recordar lo que prefiero recordar. Al menos tengo la certeza de que no será mentirosa porque, ¿quién puede falsear la Dresden que hoy creo que recorrí?

Weltschmerz

Pese al automatismo de marchar por los mismos lugares, de la inatención con que miramos a menudo por las ventanillas, el recordar los pasos de otro tiempo allí donde todo ha cambiado es uno de los modos más rotundos en que se enuncia la temporalidad. Así, suele impactarnos el retorno —luego de viajes, exilios, de vivir en otra parte— cuando ya no reconocemos el lugar. Lo que se ha perdido, aun cuando no nos “pertenezca” verdaderamente, aun cuando no sea la casa natal, también se ha llevado consigo algo de nuestra biografía, del mismo modo que las casas que ya no habitamos se nos han vuelto extrañamente ajenas.

Leonor Arfuch.

Los regresos —los que representan el fin de la marcha viajera— son como un aterrizaje abrupto en aquello ordinario que se había dejado atrás. Y como ya me he afligido antes en el relato de estas ciudades que son mi joven autobiografía, nombro nuevamente esta aflicción y la llamo “melancolía”. Pero esta palabra es muy vaga, como lo es el sentimiento mismo. “Bilis negra” que hoy no nos dice nada sobre lo que sí presupone aseverar que se está melancólico, que como bien dice Calvino es “la tristeza que se aligera”. Que se aligera no en sentido de disminución, sino más bien en sentido de pérdida de peso, de gravedad, de dejar de estar líquida y salada; pasar a lo gaseoso, a la volatilidad, a lo que no se puede apresar. Se disfraza de ordinaria tristeza en la inmediatez del retorno, y cuando avanzamos sobre las semanas, los meses e incluso los años, se burla esta melancolía de nosotros, haciendo creer que ya no es nada más que una tristeza decantada. Y es todo lo contrario, porque abunda en los aires que respiramos, porque ya no está por dentro, ya no resbala de los lagrimales ni se siente como la tristeza en los órganos —en mi caso es el estómago, como un yunque caricaturesco que cae por los intestinos— ahora está por fuera, en las partículas que componen la vida: el olor de una comida y el ruido de una canción lejanas, el clima que se sintió otra vez *como ese día en tal o cual lugar* ahora susceptible de ser olvidado.

Dejó de hablarme directamente la palabra melancólica, que ya ni sabe cómo recordarse en su etimología biológica, cuando conocí una aún más precisa para la sensación aérea que es: *dolor de mundo*. Pero a esta misma quisiera cambiarle el *dolor* —que creo que pertenece al ras de

tierra como la tristeza— por *aflicción*. Esa que no se asienta en el cuerpo, no endurece las facciones; la mirada afligida llena de niebla los ojos, mira hacia lo intangible, lo volátil que está adentro. Como cuando nos dirigimos sin parpadeo a través del vidrio de la ventana sin interés sobre qué pasa afuera, sanamente enfermos de una fuerte *aflicción de mundo*.

Geografía de lo desconocido

La ruta imaginaria

Salimos de Bogotá en la noche con los *backpacks* que cargaban el mes que venía por delante. Abordamos el bus nocturno ya con las expectativas calmadas, que unos días antes se habían desbordado por lo palpitante del viaje que se aproximaba. No hablamos casi durante el trayecto y dormimos unas cuantas horas, hasta que el primer evento que marcó la pauta para el inicio del viaje nos despertó en la madrugada con la voz de un vendedor de tinto y olor a café con aguapanela. Costaba mil pesos y estaba muy caliente. Con el tinto en un vaso de icopor que sosteníamos cada una en la mano, dejamos que la inercia en el vehículo nos moviera todo el cuerpo menos los brazos, que permanecieron firmes para no derramar el hervor sobre las piernas. Entramos a las curvas de llegada a Medellín y nos rendimos a tal proeza.

Era la primera vez que me aventaba a mostrar “mi tierra” a una extranjera amiga —y recalco “amiga” porque de no haberlo sido ella, jamás mis recorridos repetidos me habrían maravillado tanto; sentí con ella lo absolutamente nuevo que siempre pasé por alto—, y aunque nadie lo esperara de mí, yo sentía que tenía que demostrar tamaña confianza ante lo que venía, ante una ciudad que ya conocía por mi ascendencia pero que jamás viví fuera de las paredes que encierran los encuentros familiares con los primos y tíos paisas. Ahí estuvimos unos días, caminando por los parques y las calles que ni siquiera yo conocía. Comimos en una calle la mejor hamburguesa que habíamos probado, y ese fue el segundo punto que recordáramos de una ruta que no fue trazada. Porque el único itinerario que creíamos existente era el que podíamos escoger en la pantalla de un computador, en los mapas de *Google*, en las aproximaciones de la duración de los trayectos, en los caminos geográficamente lógicos a los que procederíamos.

Meses antes, asumí la responsabilidad de este viaje y llené de expectativas los futuros recorridos. Me puse en el papel de guía, solo que aún no sabía que la ruta que escogí antes de partir estaba trazada por lugares igualmente lejanos para mí, donde todos éramos extranjeros. Ya había estado yo en algunas de estas ciudades a las que viajaríamos, pero mis recuerdos de ellas

nada tenían que ver con la experiencia de lo ajeno y mucho menos con la idea de aventurarse a trayectos imaginarios.

Fuimos avanzando por los lugares de estadías cortas que eran nada más que paradas estratégicas, como lo fue Medellín, hasta que llegamos al punto más norte del caribe, tan esperado no solo por la “legítima extranjera” que nos acompañaba, sino por todos los que llevábamos el año entero congelándonos en los alrededores de las montañas bogotanas. Y así, desde la Guajira, fuimos descendiendo por el mapa —que siempre hemos imaginado nada más que vertical—, cayendo en picada hasta Cartagena. En ese norte desértico, todo parecía detenido, parecía incluso que las corrientes de viento que se arremolinan en el Cabo de la Vela no vienen de ningún otro lado más que del cabo mismo. Se ve la tierra, ahí bordeada, entre el desierto y el mar. Y parece que pervive por sí misma y no hace parte de lo que nos atrevemos a llamar país. Como ya me ha sucedido antes, las ciudades de Calvino resuenan en las mías; él experimentó en Despina la misma sensación que tengo frente a este Cabo. Lo curioso es que leo el lugar que yo imaginé en su visión de Despina, siendo en parte la contradicción perfecta de mi recuerdo.

Pareciera que hemos visto el mismo lugar desde diferentes lados del espejo:

De dos maneras se llega a Despina: en barco o en camello. La ciudad es diferente para el que viene por tierra y para el que viene del mar.

El camellero que ve despuntar en el horizonte del altiplano los pináculos de los rascacielos, las antenas radar, agitarse las mangas de ventilación blancas y rojas, echar humo las chimeneas, piensa en una embarcación, sabe que es una ciudad pero la piensa como una nave que lo sacará del desierto, un velero que está por zarpar y el viento que hincha ya sus velas todavía sin desatar, o un vapor con su caldera vibrando en la carena de hierro, y piensa en todos los puertos, muelles, en las hostelerías donde tripulaciones de distinta bandera se rompen la cabeza a botellazos, en las ventanas iluminadas de la planta baja, cada una con una mujer peinándose.

En la neblina de la costa el marinero distingue la forma de la giba de un camello, de una silla de montar bordada de flecos brillantes entre dos gibas manchadas que avanzan contoneándose, sabe que es una ciudad pero la piensa como un camello de cuyas albardas cuelgan odres y alforjas de frutas confitadas, vino de dátiles, hojas de tabaco, y ya se ve a la cabeza de una larga caravana que no lo lleva del desierto del mar hacia el oasis de agua dulce, a la sombra dentada de las palmeras, hacia palacios de espesos muros encalados, de patios embaldosados sobre los cuales danzan descalzas las bailarinas y mueven los brazos, ya dentro, ya fuera del velo.

Cada ciudad recibe su forma del desierto al que se opone; y así ven el camellero y el marinero a Despina, ciudad de confín entre dos desiertos.

La ciudad, que es dos, da una idea de liberación desde cada uno de sus extremos y, sin embargo, como ese desierto del que hablo, está encerrada en sí misma e ilusiona al viajero que se para en la punta más alta y más norte de esa arena que asciende hasta convertirse en roca, sobre el otro lado intangible e invisible del continente; haciendo que se sienta cada vez más contenido por el remolino que venta sobre el suelo apartado.

Como decía, fuimos entonces descendiendo. Y nos aferrábamos más a los lugares a los que llegábamos aunque fueran estadias de pocos días. Viví lo que ya antes había intuido: que existe en estos viajes una ruptura con la rutina y el corto tiempo no permite que existan cotidianidades; en cambio hace que todo se presente como una novedad que nos hace querer aterrizar en algo concreto, algo que nos haga sentir seguros. Es entonces cuando creamos pequeñas rutinas para sentirnos en casa. Así también se actúa sobre los días con una nueva noción de movimiento en la que todo acontece con una velocidad distinta a la velocidad mecánica del día a día; es una velocidad también acelerada, pero lo es por el bombardeo de lo nuevo.

Estamos tomando instantáneas mentales constantemente para intentar que nada escape a las manos de la memoria. Sin embargo, siempre recordaremos solo aquello que, aun a pesar nuestro, hemos escogido recordar; y aturde darnos cuenta de que las pocas experiencias que podemos asir y moldear con las palabras no tienen que ver con los más fieles de los recuerdos, que son los sensoriales. Recuerdo fácilmente el olor de ese tinto, el sabor de la carne de esa hamburguesa, la temperatura y fuerza de ese viento, pero jamás, aunque intente escoger las palabras más exactas para describir las sensaciones, podré hacer oler, saber, sentir perfectamente esas memorias a quien me lee. En cambio, las imágenes de lo que rodeó esas sensaciones como tal o cual calle, el bus, el Cabo, pueden fácilmente ser descritas en palabras y detonar una imagen visual, al menos cercana, no a lo que fue real, sino al relato. Y parecería más concreto mi recuerdo visual, si no advirtiéramos que “cada vez que evocamos algo, el recuerdo se desarma y se vuelve a armar (...) y en medio de esta deconstrucción y reconstrucción se agrega lo

presente”². Así que lo que puedo explicar con palabras no solo se universaliza porque cualquiera que lo escuche o lea tendrá la facultad de “verlo”, sino que también se falsea a medida que lo traigo a la memoria, a medida que lo evoco en los diferentes tiempos en que sucede la vida.

Finalmente, la ruta no fue jamás las distancias entre puntos de partida y puntos de llegada, ni la lógica que había entre ellas. No fueron los tres o cuatro días en cada lugar acordados por los viajeros antes de avanzar la marcha, no fue el presupuesto que nos cabía en los bolsillos. La ruta que planteamos en un principio jamás importó, aunque la hayamos seguido al pie de la agenda. La ruta siempre será invisible porque reside en lo más intangible del recorrido, en lo que podemos recordar porque está atorado en las papilas gustativas, en la piel que quedó estremecida ante lo nuevo, en el sonido de risas, en los silencios del ocasional disgusto. La senda se fue dibujando a medida que avanzábamos y así mismo se fue cerrando atrás del paso para poder permanecer nada más que en cada una de *nuestras memorias*.

² Beckinsein, P. (2015). Conversaciones en La Nación: “Todos nuestros recuerdos son falsos”. Entrevista con Nora Bär.

Las ciudades de los días

En la memoria de Ce las demás ciudades no solo se duermen. También a veces existen en lo intransitado y ajeno, en los vínculos que se establecen con algunos sujetos —que llamaré amigos—, para surgir en ella las ciudades desconocidas que la rodean.

Ya dije: la ciudad Ce contiene. Contiene a las demás ciudades, se copia, quiere camuflarse, se contagia, colinda con todas. Pero a su vez está rodeada por un muro que le impidió por años ver más de cerca aquello que se sale de sus dominios. Primero supo que ciudades lejanas existían en los libros, en los mapas. Su recipiente parecía estar lleno de impresiones objetivas que pensó ciertas... y tarde se dio cuenta de que nada más estaban estereotipadas y perfectamente descritas para mediar sus futuros recorridos sobre suelos firmes nacidos en los cimientos incuestionables de la Historia. Sospechó que durante todo este tiempo tan solo había trasvasado sobre sí misma nociones mentirosas. Mentirosas porque no solo los individuos le deben su ser a la tierra que pisan, sino porque este suelo existe en virtud de la significación irreductible, cambiante y volátil de los sujetos que lo habitan. La ciudad también es criatura de sus habitantes.

El muro se iba debilitando a medida que ella se hacía más preguntas; afuera retumbaban las respuestas. A través de las grietas abiertas en el concreto, se encontró con dos ciudades que asomaban sus ojos. Sí, tenían ojos: los ojos de una nueva identidad que ya no estaba cubierta de polvo, que ya no era cartografiada ni narrada por una historia patria. Eran ciudades móviles: cada día diferentes por la disposición de su propia mirada y el matiz de su memoria. Para Ce algunos lugares —en especial los desconocidos— pueden encarnarse bajo el nombre de amigos, y existir cuando la ciudad-criatura que son puede transitar por el mundo y así ser cada día un único nombre propio dejándose llenar de memoria incluso en la ausencia de su suelo. Estos *otros* aunque han echado raíces, jamás pisarán el *suelo generalizado* que narran los libros de historia ni los límites que trazan los mapas.

Tal vez ni la Aglaura que se dice ni la Aglaura que se ve hayan cambiado mucho desde entonces, pero lo que era excéntrico se ha vuelto usual, extrañeza lo que pasaba por normal, y las virtudes y los defectos han perdido excelencia o desdoro en un concierto de virtudes y defectos distribuidos

de otra manera. En ese sentido no hay nada de cierto en cuanto se dice de Aglaura, y sin embargo de ello surge una imagen de ciudad sólida y compacta (...). El resultado es este: la ciudad de que se habla tiene mucho de lo que se necesita para existir, mientras que la ciudad que existe, en su lugar, existe menos.

Estas son las voces que atravesaron el muro.

Buenos Aires *en* Violeta

23 de septiembre de 2015

Querida Mariana,

Estoy sentada en un café en las calles Tucumán y Rodríguez Peña, es una esquina cuadrada muy cerca del centro. Llueve y hay mucho viento, la primavera empezó así, un poco gris y fría, es normal sino no hay otra forma de que le salgan las hojas verdes de nuevo a los árboles.

El café en el que estoy se llama Mar Azul, es pequeño, tiene una barra grande y algunas mesas de madera. Hace parte de lo que acá se llaman "cafés notables", eso quiere decir que es viejo y que tiene historia, que seguro hace mucho algún poeta venía y le pedía lo de siempre al mesero que me acabó de traer el té con limón.

Hoy estoy un poco agotada, ayer me peleé con mi mamá por la calle, creo que nos peleamos una vez al año y ayer fue justo el día. Todo fue por una cosa mínima y absurda que terminé con ella gritando en medio de la calle y yo diciéndole que se calmara frente a un kiosco. Los kioscos son las tiendas de acá, la diferencia es que no tienen ningún tipo de vitrina ni seguridad, todos los caramelos están al alcance de las manos de los niños ladrones. Cuando estaba en el colegio a veces obligaba a mi amiga Verónica a que se robara unas galletas que se llaman Rodesia, después de educación física. Yo me sentía muy astuta, pero seguramente los ladrones de dulces son pocos porque si no los kioscos quebrarían y todo se llenaría de pequeñas rejillas que cubrirían cada caramelo y no permitirían que los dedos pequeños de los niños alcanzaran a sacar nada.

Más temprano me mojé, es inútil tener un paraguas acá, duran pocas cuadras antes de que se desarmen todos hacia afuera. En los días así los postes se llenan de los paraguas negros todos desbarajustados. Una vez leí un cuento ilustrado que decía que eran como pájaros negros muertos en las esquinas, me pareció un poco trágico. Yo lo que veo es la desesperación de un

caminante que prefirió mojarse ante la inutilidad de su cobertor que tiende siempre a darse vuelta. Muchas veces toca caminar con el bastón perpendicular a tu cuerpo de lo ventosa que se vuelve la ciudad, vas así atropellando a todo el mundo. Hay varios grupos de *Facebook* que hablan del odio por los que se llevan a los otros por delante cuando llueve. Cuando quieras saber lo que sienten los demás cuando yo paso, búscalos.

Después de pelear con mi mamá por la calle entramos a un restaurante para comer algo y en silencio sacarnos la rabia. Ella me miró fijo por mucho tiempo, yo pedí un té verde y trataba de mantener la compostura. Al lado nuestro estaba sentada una pareja, se sentían incómodos al ver que nosotras no hablábamos. Creo que eran colegas de trabajo, ella era colombiana, hablaba mal de su jefe. Después dijo que ya era ciudadana argentina, ahí yo recordé que tengo que hacer los trámites para la nacionalidad y le dije a mi mamá que habláramos pero de otra cosa. Ahí ella dijo: ha sido un éxito lo del obelisco. Sí, le respondí, ese señor es muy bueno.

Para que tú también entiendas lo del obelisco, que es el monumento más importante de la ciudad, está ahora sin punta. Un día todos amanecimos iguales y él, en vez de tener su forma original, tenía la punta cuadrada; los taxistas, que son la base de la información ciudadana, estaban muy asombrados. La punta, como por arte de magia, apareció en el MALBA (museo de arte latinoamericano). Más tarde supimos que un artista argentino se inventó todo esto, que en realidad no le quitaron la punta sino que le hicieron una especie de capucha al monumento y crearon una punta falsa afuera del museo. Ahora todo el mundo puede entrar ahí y ver por pantallas un video que muestra lo que realmente se ve desde su lugar original, nos democratizó el símbolo. Lo divertido es que la frase "la punta del obelisco" es bastante usada en el día a día porteño, es un eufemismo cuando, en general los viejitos, no quieren decir una grosería. En vez de gritar ¡La puta madre! gritan ¡la puuuunta del obelisco! así, con la u alargada y la p bien pronunciada, así que bueno, ahí es donde todos estaremos cuando vayamos a ver la obra de este tal artista Leandro en las próximas semanas.

Ahora entraron dos señores gordos al Mar Azul, saludaron al de la barra de beso y pidieron si podían poner en el televisor el partido de San Lorenzo. Empezó hace diez minutos, van a meter un gol, el delantero de San Lorenzo se acerca al arco, ¡Gol! grita uno de los señores

antes de que el delantero patee. La pelota no entra, el señor se rasca la cabeza, el resto del café lo mira mal. Lo cantaste, dice su compañero. Acá se cree mucho en las supersticiones, si gritas antes un gol la pelota no entra, si te dicen antes de las 12 feliz cumpleaños tu vida se llena de mala suerte. Si te pusiste una camiseta amarilla el día que San Lorenzo ganó un partido, no te la sacas más, lavarla puede hacer que todos perdamos todo.

Cuando me pediste que escribiera sobre la ciudad, primero pensé en los edificios, después en las viejitas de mi barrio que se ponen abrigos de piel y bufanda de zorro para ir a yoga. En mi vecina Pupee que tuvo una galería con Andy Warhol en los 60s y ahora vive abajo mío con su pelo blanco y su jardín lleno de naranjitas. También quería contarte de los restaurantes peruanos, de los senegaleses que venden carteras por la calle Corrientes, de los panaderos anarquistas, de los estudiantes militantes. Pero me salió esta crónica extraña que espero de algo te sirva.

Así es un día en buenos aires o este día en particular que te cuento.

Te quiero mucho.

Violeta.

28 de septiembre de 2015

Viole, Viole:

Todo lo que resulta relevante en mi vida es, por su naturaleza de importante, procrastinable. Argumento con el que intento justificar la tardanza de mi respuesta (que aunque no fuera requerida, no puedo recibir una carta y dejarla al aire, dejar al otro con la palabra en el aire) que significa nada más el retraso de la lectura.

Cuando te pedí que me escribieras esperaba —como cualquier persona metódica, que no soy— algo detallado sobre Buenos Aires. Y sólo cuando te leí supe lo absurdo de esta expectativa. Si de lo que quiero hablar es de la memoria, de los recorridos que se trazan en las ciudades que visitamos o habitamos, lo más esencial para llegar al punto es un habitar como el que trazaste para mí sin siquiera levantarte de la mesa del café donde escribías. Y es obvio que no podrías efectuar estas dos acciones a la vez —escribir descripciones mientras caminas mirándolas—; fui tonta al pensar que podría ser posible. Tal vez sabiéndolo pero sin racionalizarlo, en el momento en el que acudí a *tu* Buenos Aires pedía que hablaras desde la memoria y por eso no podría esperar más detalle fuera del imaginado por ti en la ciudad de tus rutinas.

Y veo que en la Buenos Aires que vives no solo hay viento y dulces sino necesariamente memoria, y sin darnos cuenta, tal vez ella sigue *pidiéndole lo de siempre* al hombre que reencarna en mesero cuando su antecesor deja el delantal para hacer quién sabe qué de su vida, esperando de pronto ser nunca más mesero. Y entonces el mesero es el portador de la memoria del lugar, sin darse cuenta.

Yo también leí lo de los paraguas como pájaros muertos en las esquinas y apenas lo mencionaste —¿o lo mencionas? Porque las cartas siguen mencionando siempre, tal vez sí es en presente—, apenas lo mencionas intenté (eso sí es en pasado, estoy segura) acordarme de quién lo dijo, y el primer nombre que se me vino a la mente fue Cortázar, pero no estoy segura y ahora ni creo. Claro, el siguiente paso fue *googlear*, sin creatividad alguna, algo como *Paraguas, pájaros muertos en las esquinas* y el tercer enlace es un poemario de esos horribles con letras

rojas y en cursivas y todo centrado (como si los poemas tomaran más fuerza y fueran más poemas si se ven elegantes... pero no sé qué persona creyó que eso se veía elegante... se nota que esa es la intención, pero para mí se ve terriblemente grosero), y me dio un poquito de pereza leerlo porque quiero seguir escribiéndote esta carta. Pero al final no importa quién lo dijo, solo que se dijo y a ti te parece trágico; yo lo único en lo que puedo pensar es que es una de esas metáforas obvias pero a las que seguramente es difícil llegar. Bueno, tiendo a desviarme. Pensando en los paraguas porteños y su propensión a la inutilidad, me doy cuenta de que realmente son innecesarios. Tal vez la única utilidad de su existencia es que, pensados para proteger, terminan en cambio sacando a flote la resignación de los usuarios.

En Bogotá pasa también que casi nadie los usa y lo irónico es que nadie los usa porque llueve mucho pero nunca se sabe cuándo va a llover. Y si no llueve son un encarte. Lo que sí se usa son las sombrillas, aún más inútiles porque a pocos les interesa cubrirse del sol y cuando son usados como paraguas, pues claro que no cubrirán nada más que la cabeza y aquí las lluvias son casi siempre horizontales. Además, por lo general, cuestan entre cinco mil y diez mil pesos, entonces su vida útil alcanza para un abrir y cerrar de llovizna.

Es curioso que mi respuesta a *tu* Buenos Aires sea *mi* Bogotá. Y entonces se me ocurren más preguntas para ti, que hace tanto te fuiste (aunque Bogotá sigue presente en tu vida), sobre la Bogotá que recuerdas y la que ahora visitas.

La historia del obelisco me parece chistosísima; me imagino el desconcierto de todos mezclado con la indignación por el atropello a su ciudad querida. Pero lo que más me llama la atención de cómo me cuentas esta historia es la labor del taxista en la ciudad de Buenos Aires. Al parecer tienen la obligación mundialmente de ser certeros y orientados, y el resto padecemos mundialmente de la enfermedad del fastidio al toparnos con un taxista perdido. Yo siempre les pregunto hace cuánto ejercen la labor —sin ser sarcástica, solo por poner un tema de conversación—, respuesta que hace comprensible la desorientación, o más irritante.

Tu vecindario es inverosímil, aunque sé que verídico. No tengo nada que decir sobre la pelea con tu mamá porque la recuerdo como la mujer sonriente que me engordaba a punta de

jamón serrano después de un partido de fútbol en el que yo había sido la causa de la derrota. Con su sonrisa y el jamón, jamás me la pude imaginar brava. También inverosímil para mí, aunque sé que verídico.

Me gustó la Buenos Aires de ese día tuyo. La que tenía en mente era muy solemne, política, perfecta y anhelada. Ahora suena a la divertida Violeta.

También te quiero,

Mariana.

Pd: ¡Me acordé del libro y en dónde lo vi! Se llama “Paraguas” y es de Tragaluz, me gustaba verlo cuando trabajaba en la librería atendiendo todo el día a clientes pedantes que creían que no podría recomendarles un libro por ser muy joven —la razón no era que fuera muy joven—. Era uno de los pocos libros que podía ver porque era corto y no podía ponerme a leer algo complicado y largo porque si llegaba un cliente tenía a mi jefe aplaudiéndome a la espalda “¡¿Quién los está atendiendo a ellos?! ¡Sonrían, sonrían!” (aunque esa orden no le haga justicia, no es un monstruo... sólo un poco neurótico). No sé por qué pensé en Cortázar, de pronto porque suena a algo que él hubiera dicho, me parece que en Rayuela hay algo de los paraguas pero no me acuerdo bien. O nada más porque estaba predispuesta a leer una de las Buenos Aires que imaginé, y era la suya.

21 de octubre de 2015

Querida Mariana,

Me gusta empezar las cartas elegantemente, así parece que todo lo que tengo para decir es solemne e inteligente.

Hoy hace sol y calor y la vecina ya volvió de su viaje a Europa, tiene en su jardín un árbol cargado de naranjitas que todos los días me quiero comer y no puedo: primera frustración.

Voy a intentar empezar estas cartas siempre con el clima, acá somos adictos a la temperatura. El clima es tan loco e inestable que en una noche puede cambiar 20°C y hacer un frío o un calor imposibles, por eso lo primero que hace un buen porteño al despertarse es mirar cuántos grados hacen en el televisor y vestirse de acuerdo con esto, después en el ascensor quejarse con el vecino por cualquiera que sea el estado del clima: ¡Cómo llueve! ¿no?, Sí, está imposible... o qué calor hace o qué viento o ya no se puede vivir (En Buenos Aires se quejan mucho por todo, es un temple anímico natural).

La semana pasada se fue la luz en todo mi barrio y algunas zonas vecinas, estuvimos como 5 días sin luz. Parece que los de la empresa de teléfonos cortaron un cable sin querer, un cable madre, raíz o como le digan. Afortunadamente con mi mamá nos fuimos de viaje a Iguazú a ver las cataratas y esquivamos el apagón.

Ahora me está costando contarte cosas sobre Buenos Aires, creo que sería mejor que me preguntaras cosas, quizás podemos comparar tu ciudad imaginaria con la mía semi-real (teniendo en cuenta que uno siempre inventa cosas). Quizás puedo hacerte una especie de mapa de los lugares por los que transito o que me son importantes. Es raro traducir una ciudad en palabras, sobre todo si no es invisible. Ahora estoy revolviendo todos mis recuerdos de las últimas semanas tratando de ubicarlos espacialmente.

Hace dos jueves fui a San Isidro, una localidad que no es parte de Buenos Aires, sería como equivalente a Tabio. Me invitaron a leer mis poemas en una librería chiquita y linda que se

llama La Boutique del Libro, fui con mi amiga Lucía en tren, unos trenes nuevos que tienen aire acondicionado y no suenan. Como ella vive por Palermo y yo por Recoleta intentamos encontrar una estación intermedia donde tomarlo juntas, nos encontramos en el barrio chino. El barrio chino acá es chiquito, son dos calles llenas de supermercados y lugares para comer arroz y arrolladitos primavera. También venden cosas inútiles *made in china* llenas de brillos que todos compramos con emoción. A ella la llevó el papá a la estación, yo tomé un bus que en realidad no me llevaba hasta allá entonces tuve que bajarme y caminar, todas las calles estaban colapsadas, cerca del barrio chino está Núñez, otro barrio donde está el estadio de River y obviamente ese día había partido por lo que todo estaba en caos. Cuando por fin logramos subirnos al tren, detrás nuestro había tres chicas con trenzas cosidas como raperas, Lucía y yo hablábamos de cosas tontas, yo sentía que ellas nos escuchaban. De repente una le lee en voz alta a la otra un mensaje de texto que hablaba de un allanamiento, de que se habían llevado a sus amigos, que estaban todos en shock, que la policía había sacado fotos, videos, todo. Ellas parecen preocuparse pero no alarmarse, la otra le dice que la última vez a ella se le llevaron todo menos el “fierro”, es decir el arma, que guardaba debajo de la almohada. Me sorprendió ver todas las realidades que pueden compartir el mismo vagón.

Después, la lectura estuvo linda, mi amigo Mateo también leía y fue con sus amigos, nos emborrachamos, el que organizaba cantó jazz y nos regalaron pizzas y vino. Leí un poema sobre las jirafas del zoológico, que te copio.

Te mando un beso,

Violeta.

Las jirafas se escaparon del zoológico de Buenos Aires.

Salieron por la Av. Las Heras, espionaron por las ventanas de los edificios,
enredaron sus cuellos entre las palmeras y las Tipas.

Fueron a conocer las estatuas olvidadas del Botánico,
querían saludar a Luperca,

que crío Roma,
a alguna Venus desnuda,
ver lo que significan los primeros fríos en el mármol.

Tenían que conocerlas a oscuras y solas,
cuando aún están vivas.

Así las jirafas las sienten cercanas,
también son más ellas de noche, cuando todo cierra
y se escuchan las lechuzas en ese extraño espacio
entre el cemento.

En sus sueños ,
no desean más que deambular,
a la deriva,
perdersse entre las avenidas y los pasajes,
alejarse de la contemplación diurna,
de la pasividad estática
y encontrar compañeros nocturnos y misteriosos.

Por eso se escapan de su castillito africano
para tropezar con lo que las hagan sentir
que lejos de la explanada
la ciudad en la que se encuentran
está llena de seres invisibles.

Viole, Viole:

Bogotá ha hecho que sea difícil para mí pensar la ciudad en temperaturas y creo que en general, para todos los que vivimos en esta ciudad, la cifra que marque el termómetro es irrelevante. Es la vida del closet y un vistazo dudoso hacia la ventana lo que decide qué tan sufrible será el calor o el frío. Eso sí, la chaqueta siempre va bien embutida o amarrada a la correa de la maleta para cumplir su fundamental papel de encarte o abrigo. Y claro, esas conversaciones de ascensor aquí son por lo general con el taxista...

Siempre he tenido la sensación de que la gente que vive estaciones no solo acomoda su vida —rutinas, actitudes, pensamientos...eso podrá ser obvio— de cierta forma según la época del año, sino que una suerte de versatilidad maravillosa les atraviesa el cuerpo. El año pasado hice un viaje por la costa colombiana; mis pies hinchados y las piernas blancuzcas delataban mi procedencia y no podía dejar de mirar a las mochileras argentinas teñidas perfectamente de un color natural y a la vez alienígena. Era un estar moreno casi bronce que pensé envidiable pero luego supe que no todo el año, de la nariz a los pies, están así teñidas. Me parecía extraño pensar las rutinas según el estado del termómetro que indica la pantalla, y cuando viví —¿se puede llamar vivir?— ese corto tiempo en Berlín, aprendí este hábito útil para decidir qué vendría del día. Me acomodé rápidamente a revisar el clima, y no solo en la mañana. Me volví adicta a saber qué pasaría con un grado de diferencia y fue maravilloso descubrir que existía la “sensación real” de las temperaturas. Era entretenido adivinar esta “sensación real” y supe que sí, “las apariencias engañan”. La vida puede explicarse, someterse a estadísticas, tabularse, pero jamás será la vida que vivimos realmente. Así como las ciudades y sus climas...

¿Pasa también en Buenos Aires, en alguna época del año, que un rayo de sol calienta nada más la zona que ilumina, y que el frío se siente al cruzar la delgada línea donde empieza la zona ensombrecida por un edificio?

Me dices que te pregunte, pero es que no sé nada. Creí tener en algún momento de mi vida una vaga idea de lo que era Buenos Aires. Primero, fue la música. Los tangos que

escuchaban mis papás y las noches largas en que los acompañaba a milonguear cuando era muy pequeña me daban la idea de una ciudad de humo, nostálgica y arrabalera; luego vinieron Sui Géneris, Charly y Fito y tuve la sensación de que me hablaban de una ciudad de amor pop-rock. Y al final fueron los libros, pero más que lo que me pudieran decir —porque poco recuerdo de esas viejas lecturas— abalanzaron sobre mí imágenes de una vida intelectual que sucede en los cafés y las tertulias. Creo que esta última idea que fui formando de Buenos Aires se mitificó a tal punto que dejé de leer bien, empecé a leer la figura de unos autores que construí inocentemente y dejé de lado sus palabras, que eran lo que debía importarme. Entonces no sé qué preguntarte, porque sonaría tonto pedirte la verificación de mis impresiones ignorantes, sería aún más tonto creer que una única y objetiva cosa puedes contarme sobre tu ciudad presente, y vuelvo a lo que te dije en la carta anterior: es esa, la ciudad de tus días, la que me interesa. Y sí, uno siempre inventa cosas, pero no por eso son mentirosas.

La idea de vagón es lejana para mí. Al final, no divide nada tangible. Todos ahí adentro van en la misma dirección hacia puntos diferentes y el vagón secciona la masa que contiene el metro entero. Pero nunca el vagón va a tener el poder de dividir esas realidades distantes que se encuentran irremediablemente, y que por lo general alimentan lo desconocido de una ciudad inmensa que se habita.

Qué curioso... las jirafas siempre me han hecho pensar en ti. Tengo una foto que tomamos con tu Polaroid cuando éramos muy chiquitas... en el parqueadero del colegio, tú estás disfrazada de jirafa y creo que yo de león, no me acuerdo bien. Además eres alta y casi rubia, o sea entre café y amarilla. Tenías que vivir en una ciudad así donde pudieras imaginar a tu especie escapando hacia las calles que están detrás de las calles que todos viven en su *pasividad estática*.

Sí tengo algo que preguntar: ¿cómo piensas Bogotá frente a tu ya propia Buenos Aires?

Abrazo,

Mariana.

3 de noviembre de 2015

Querida Mariana,

Hoy hace viento y humedad, el cielo está un poco nublado y ya a esta hora los pájaros están revoloteando, avisando quizás que es casi la hora de volver después de un largo día. Frente a mi casa hay un árbol no muy grande donde duerme toda una familia de palomas torcazas, por las noches el árbol tiene más pájaros que hojas. La otra noche sonó un fuerte estruendo y salieron todas volando, fue extraño verlas con todo el cielo oscuro.

Esta primavera ha sido anormal, parece más un otoño, hace más frío que de costumbre. En todo caso me preguntas sobre los cuadraditos de sol inútiles en invierno, Buenos Aires es cada día una ciudad más subtropical, gracias al cambio climático, así que en realidad nunca hace demasiado frío. Será algunas veces un poco más frío que Bogotá, pero nunca baja de cero ni cae nieve. Aunque, como en todas las cosas hay excepciones, ha nevado dos veces en los últimos 100 años. La última vez que nevó fue un 9 de julio (día patrio por la Independencia) creo que fue en el 2007 o en el 2008, ya no recuerdo. Yo estaba en el cumpleaños de una compañera del colegio y vimos cómo comenzaron a caer lentamente los copos, ¿te has dado cuenta que la nieve parece no tener gravedad? Si miras hacia arriba muchas veces pierdes la noción del espacio y ya no sabes cuál es el arriba ni el abajo.

Ahora justo hay una paloma torcaza sobre la baranda del balcón, es parda y tiene las puntas de las plumas blancas. Las torcazas son las palomas lindas, las pequeñas, limpias y gorditas. Ayer mi gata Amapola se tiró por este mismo balcón, se tiró o se cayó o la hice caer, pobre. Tuve que bajar a rescatarla, la vecina me abrió la puerta de su casa y me hizo pasar al jardín. Su casa tiene todas las paredes de color negro y muchos cuadros colgados, su pelo es muy blanco. Entré y la busqué entre las flores temiendo dañarle el jardín que tanto cuida, al salir me contó que su gato Mao murió hace poco, no soportó que ella lo abandonara por los tantos meses que duró su viaje a Europa.

El otro día fui al Museo de los Inmigrantes a ver una muestra, el museo queda cerca del puerto a orillas del río, no sé si sabes pero Buenos Aires es una ciudad que le da la espalda al río,

pocos edificios tienen vista hacia él. El río es como un fantasma olvidado, considerado sucio, aunque en realidad es magnífico. Es el más ancho del mundo y recibe el agua de miles de ríos que vienen desde muy lejos. Cuando en el siglo XIX llegó la gran ola migratoria desde Europa, las personas llegaban al puerto y se alojaban por unos días en este hotel, donde recibían quizás la noticia de que Argentina no era el lugar tan soñado que habían pensado. Miles de personas se alojaron en ese lugar, miles de idiomas, miles de historias. Es un edificio enorme con grandes ventanas desde las que se puede ver el río y los barcos.

Mi casa anterior quedaba en Puerto Madero, una zona nueva de edificios muy altos considerados de extranjeros ricos y narcotraficantes, cosa que no somos pero por distintos factores terminamos viviendo allí. El apartamento daba hacia el río y podía ver cuando salía el sol y cuando salía la luna, que muchas veces se veía roja y enorme. Puerto Madero es el antiguo puerto de la ciudad que luego cayó en desuso porque los barcos se volvieron demasiado grandes y ya no cabían en los diques, ahora tiene muchos restaurantes, es un lugar muy turístico pero no refleja para nada lo que es el resto de la ciudad, pasear por Puerto Madero es como irse de vacaciones, hasta el viento es diferente. Hace unos meses una ballena bebé se perdió y quedó atrapada en los diques, miles de personas la fueron a ver, no sé cómo hicieron para sacarla. Es una imagen muy surreal, yo justo estaba en Bogotá y no pude ir a verla. Atrás de Puerto Madero está la costanera donde antes las personas se iban a bañar pero ahora ya el río no llega hasta allí, los militares en los 80s hicieron una gran autopista y todos los restos de construcción fueron abandonados sobre el río. Todo eso se acumuló y formó un territorio firme y extrañamente fértil que es ahora la reserva ecológica de la ciudad, es muy linda, llena de patos, puedes caminar 8 km y llegas hasta el río, te puedes sentar ahí sobre los escombros a tomar mate.

Me preguntas sobre mi Bogotá, para mí Bogotá es una ciudad que conozco muy poco, tengo recuerdos más de lugares campestres cercanos que de la misma ciudad. Puedo decir que algo que extraño son las montañas, Buenos Aires es muy plano, es lindo ver el verde siempre ahí plegado encima de uno, también me gusta que se puede salir fácil y cambiar de paisaje; me gustan las vacas de la circunvalar arriba y la curva peligrosa que atraviesa el Parque Nacional, me gusta el olor a mazorca y la lluvia. También disfruto los corrientazos con sopa y seco, las feijoas, las películas piratas que venden por la séptima. Es lindo siempre volver a Bogotá y ver

desde el avión la sabana con todas esas carpas de plástico llenas de flores que me hacen sentir que hay algo en ese lugar que conozco y que me conoce y me hace sentir menos una extraña.

Me acuerdo perfecto de la foto con los disfraces de animales, yo también tengo una polaroid contigo en un campamento en el parqueadero del colegio, éramos muy pequeñas y estábamos muy abrigadas.

Te mando un abrazo enorme,

Violeta.

De ojos bermejos

23 de octubre de 2015

Mari querida:

*Me dedico a un color bermejo, muy escarlata,
como mi sangre de hombre en plenitud
y, por lo tanto, me dedico a mi sangre*

Clarice Lispector

Es difícil para mí escribir sobre la tierra donde nací. A veces me lleno de muchas imágenes y sensaciones que quisiera perpetuar en la memoria y en las páginas, pero muchas de estas se me escapan al olvido —y por algo así creo que tendré que escribir permanentemente y abrir siempre los mismos álbumes de fotos que reposan en el gabinete de mi casa—. Esta es prácticamente la primera vez que escribo sobre Barrancabermeja y, sobre todo, una carta para alguien que no la conoce en lo absoluto. Pero incluso a mí me ha sido imposible conocerla del todo.

Tal vez cuando los primeros españoles llegaron a estas tierras, creyeron que no tenían mucho que ofrecer y no vieron en ellas más que unas barrancas del color de la sangre, bermejas como fruto del calor que se hunde en lo profundo de la tierra. Sin embargo, a mí me sigue gustando mucho ese último nombre que adoptó esta extraña ciudad: el nombre de una tierra que recuerda el color de sus heridas. Y digo ciudad extraña porque es un lugar híbrido, mezclado con el alma de muchos pueblos. En una ocasión le escuché decir al escritor Nahum Montt que Barranca está en el limbo, en un no lugar: políticamente le pertenece a Santander, pero mucha gente de acá ve también al Cesar, Bolívar y Antioquia mucho más cerca del corazón. En realidad Barranca le pertenece al río Magdalena, al río Yuma, al largo cauce de agua que hizo posible que la gente proveniente de distintas jurisdicciones se uniera.

Decir que en Barranca no hace calor es pretender tapar el enorme y quemante sol con un solo dedo. Sin embargo, me atrevo a decir que no es el lugar más caluroso de Colombia. No viene en vano salvaguardar la condición climática de Barranca bajo la ley de la relatividad: si en pleno verano alto no estás resguardada bajo una buena sombra, no tienes un vaso de agua bien helada ni un ventilador a la mano, puede volverse el rincón más caliente de la Tierra (todo lo anterior sugiere que, en efecto, sí hace demasiado calor y que yo, como nativa, me esmero por hacerla quedar bien climáticamente). A veces me he sentido sofocada en medio de un aire caliente irrespirable (¿es posible estar en medio del aire?). La primera vez que leí *Pedro Páramo*, justo cuando Juan Preciado habla sobre el aire de Comala, pensé en Barranca...y sonreí: puede que haya sido esta increíble habilidad de exagerar siempre todo, pero estoy segura de que todo barramejo cuando muera (la verdad no me gusta para nada este gentilicio; prefiero decir ‘barranqueño’) regresará del infierno por la sábana que dejaron bajo la almohada (cabe aclarar que yo no quiero ni soy nadie para condenarlos a todos en el infierno). Entonces, la primera vez que vengas te vas a morir del calor. Y vivirás para contarlo. Creo que por el hecho de haber crecido acá ya sé vivir el calor. El problema climático es principalmente la escasa presencia de corrientes considerables de viento, de brisa huracanada que barra las hojas de la calle y el altísimo porcentaje de humedad. Y aunque no lo creas, hay días, muy pocos al año pero los hay, en que no hace calor. Yo amo que llueva a cántaros en Barranca, pero no las lloviznas repentinas y cortas que solo levantan el bochorno.

Y de llegar a darse el caso, ¿cómo es Barranca cuando no hace calor?: los gatos salen a tomar el sol al mediodía, ves a algunos perros dormir plácidamente panza arriba, no hay afán por esperar el transporte bajo la sombra, lo primero que hiciste al llegar a almorzar no fue prender el ventilador, la ropa mojada que colgaste en la madrugada aún no se ha secado, escuchas a todo el mundo decir “si todos los días fueran así”, la gente permanece sentada en la puerta de la calle, algunas personas cantan mientras conducen, todas las bancas de los parques están ocupadas por perros o por personas, y te detienes a mirar por más tiempo el atardecer mientras caminas de regreso a casa.

Hay un lugar al que nunca he logrado entrar pero sé que algún día lo haré porque siempre, desde pequeña, he querido hacerlo. Se llama La Scala de Milán, “el mejor ambiente para

conversar y una vieja melodía disfrutar”, reza su artesanal letrero, acompañado con la imagen de un gramófono. Es una casa vieja de paredes blancas, puertas marrones y un techo de zinc coronado por un árbol de mango que brota de su interior. Esta cantina con aroma de antaño es circundada por personas mayores, gran parte de ellas de cabezas encanecidas. Desde afuera se pueden observar sus sillas y mesas de madera dispersas, cuadros de antiguos rostros olvidados y plantas que crecen en la sombra. Como dije, nunca he entrado, pero en varias ocasiones la he visto muy de cerca, he acariciado su entrada con mis pasos indecisos rumbo hacia la funeraria ubicada justo al lado. Así es, supe de esta cantina por las veces —que han sido pocas— en que la muerte se ha llevado a familiares o a amigos cercanos o conocidos lejanos. (Ahora que reviso la página web de la funeraria, me parece terrible encontrar entre sus servicios la “velación virtual”. Qué manera tan trágica de no dejar que el muerto descanse en paz...sería una pesadilla figurar como un fantasma cibernético, víctima de la morbosidad y, por qué no, de la desacralización de la muerte, auspiciada por sus familiares en la distancia).

Hace unos años murió un integrante de la familia, se llamaba Jorge, y a él lo velaron justo en la funeraria de al lado. Esa vez yo no pude asistir porque me encontraba en Bogotá, pero me dijeron que mi tío “Tico” y mi padrino se escaparon de aquella sala atestada con flores que solo olían a muerte y se refugiaron en La Scala de Milán. Como era de esperar, mis tías, furiosas, al rato fueron a sacarlos. Pero de haber estado en esa ocasión yo habría entrado con ellos y, en cambio, no sentiría que con ir allá traicionaba la memoria del muerto. Esta cantina es una invitación para estar serenos antes de recibir a la Muerte. Beber y conversar, escuchar y entonar boleros añejos para aplacar el silencio de Dios (Esto me recuerda a un verso de Andrea Cote). A mí me gustan mucho las canciones de Garzón y Collazos, y sé que allá, en aquella casa vieja, hacen vibrar sus notas con la aguja del gramófono.

Volver a vivir en Barranca, luego de cuatro años en Bogotá, fue, al principio, algo desconcertante. Pues ya no estaba la gente con la que había crecido, me refiero a todos mis amigos (que son pocos) que hice en mi larga época del colegio. Al igual que yo, decidieron irse a otras ciudades para continuar sus estudios profesionales. Muchos de ellos se quedaron del todo, otros tantos regresan en vacaciones. Ya no soy esa persona que *regresa*, ahora todo el tiempo estoy acá (sé que mi destino es moverme y renovarme con la materia de nuevos paisajes. Mi

sueño es estar felizmente dispuesta a trazar nuevos caminos como rayas de tigre —sí, déjame hacerle un inevitable guiño a Gómez Valderrama—). Tampoco están mis inolvidables amigos de la universidad, como tú, Mari, para visitarte y también adjudicarme, con tu auspicio, el título de hija adoptiva de tus queridos padres (pero eso sería pretender que Bogotá fuera Barranca, grave error). Viajar me parece una necesidad primordial, para siempre ver con nuevos ojos la tierra que uno deja. Ya no soy aquella estudiante que se acostaba a las dos de la mañana y que los fines de semana dormía hasta el mediodía. Ya no soy esa apática a la actualidad política de Barranca. Ahora soy alguien (siempre he sido alguien) que trabaja, que paga impuestos, que sabe cómo es el cielo de Barranca a las cinco de la mañana y que se preocupa y angustia por el destino de la ciudad que habita. También he sabido apreciar más el tiempo que comparto con mi familia (a veces, al viajar, aflora un leve miedo de no volverlos a ver cuando regrese). Ahora invito a mi mamá a salir a comer. La soledad me obligó a aprender a estar sola, y a disfrutarlo. Entonces la Barranca que vivo ahora es la Barranca de la soledad, del disfrute o hastío individual a dondequiera que vaya. Me enseñó a no siempre depender de alguien y valerme por mí misma. Ahora me conozco más que nunca. He sabido moverme (sin mezclarme hasta la indistinción) entre masas de adultos que ya están adheridos a la tierra que pisan y que pagan seguros de vida por temor a que siempre pueda pasar una calamidad. Aquello que más temía, ahora hace parte de mi rutina: salir a comer sola (por cierto, he descubierto asombrosas opciones para salir a comer), ir a cine sola, salir a trotar sola (aunque está actividad depende más de mi pereza y su disposición para dejarme hacer ejercicio). Pero solo así he podido ver cosas que antes, por estar acompañada, ignoraba.

A unas cuatro calles de mi casa hay un colegio público que se llama “José Antonio Galán” y en toda su esquina, bajo un árbol frondoso, se sientan SIEMPRE cinco ancianos en torno a una mesa a jugar parqués. Me encanta ver sus rostros jocosos, convencidos de que todo estará bien. Y esa es la única razón por la que procuro tomar ese trayecto cuando voy caminando hacia mi casa, muy a pesar de la turbamulta de estudiantes que esté saliendo de clases.

El barrio donde vivo se llama “Pueblo Nuevo”, nombre que particularmente me encanta: es como si la oportunidad de crecer y sorprender nunca se agotara. Desde que empecé a trabajar en el colegio, camino dos cuadras para esperar la ruta en una esquina; y en ese trayecto me

detengo siempre en una casa para acariciar a través de las rejas a una *cocker spaniel* que por su ternura me recuerda a Lolita. Al lado hay un taller de soldadura que se llama ‘Santa Claus’: es muy pequeño y está lleno de trastes oxidados dispuestos en desorden. Su dueño es un señor veterano, alto y flaco, con una barba larga, blanca y espesa (la razón del nombre del taller). Pero él es más bien una versión rebelde de papá Noel: siempre viste jeans rotos, unas gafas tipo *harlista* y usa en su cabeza una pañoleta a lo Axel Rose.

Ahora en Barranca no se puede ver un eclipse de luna. Lo único que vi el 27 de septiembre fue el indicio de un resplandor cubierto por nubes cenicientas. El recuerdo más vívido que tengo sobre un eclipse lunar fue cuando estaba pequeña, tendría unos 7 años. Y caminaba agarrada de la mano de mi mamá y detrás de mí, una enorme luna amarilla del tamaño de un globo que no dejaba de perseguirme. Jamás volví a ver una luna así. Extraño los cielos nocturnos despejados, cuando podía ver las estrellas y contarlas hasta perder la cuenta. Siempre me creía afortunada cuando veía un lucero y no se lo contaba a nadie, para que solo yo pudiera pedir un deseo. Es una de las cosas que extraño de Barranca, la vieja.

Para mí Barranca nunca ha sido la ciudad del petróleo, sino la ciudad-pueblo del sol, de un anchuroso río, de ciénagas, de hierba verdosa, de ceibas enormes que proveen de sombra a los merodeadores de los parques, de iguanas (que son las palomas de la ciudad), micos, garzas, babillas y gavilanes. Lástima que de este paisaje edénico que recreo queda muy poco. Pero al menos esa sería la postal que yo mostraría de Barranca, y no la de un Cristo Petrolero incrustado en las aguas espesas de una ciénaga pestilente, contaminada por la refinería que se ve iluminada al fondo.

Bueno, Mari, por ahora eso es todo lo que te cuento sobre Barranca, porque si me quedo siempre esperando a que pase o me acuerde de algo que crea pertinente decirte, jamás terminaré de escribir esta carta. Escribirte sobre mi tierra me ayudó también a reflexionar sobre cosas que, de momento, no tenía claras, y también me ayudó a recordar otras que ya había creído olvidar.

Te quiere y te extraña,
Yessica.

24 de octubre de 2015

Mi muy extrañada Yéssica,

Su carta me tiene desconcertada. Hace mucho tiempo, en el colegio, aprendí que existía una ciudad terrible en mi país. Me enseñaron su geografía, sus dimensiones, el papel que cumple para la economía colombiana, información que, como buena estudiante promedio, olvidé al momento del cambio de clase. Pero lo que no se me olvidó fue saber que esta ciudad terrible que vivía del petróleo era infernal, no solo climáticamente sino que la violencia se sentía en ese calor afilado. También sabía que hablaban golpeado los barramejos (a mí sí me gusta este gentilicio, en lugar de barranqueños), pero jamás había escuchado el matiz de este santandereano a veces acosteñado (¿o es solo usted la que habla así? Creo que algo de su acento es la razón por la cual me es imposible tutearla). Imaginaba barranca, sin todavía conocer la palabra, una ciudad *bermeja*: de calor y sangre. Una generalización nada creativa —bueno, qué generalización es creativa— teniendo en cuenta el país en que vivimos, pero aun así la muerte, la explotación indiscriminada y antiecológica del petróleo y los animales “exóticos” siguen pareciéndonos lejanos a los capitalinos (siento que hago parte de ellos —¿de nosotros? — así no sea oriunda). Así pasaron los años de mi vida en el colegio, conociendo la existencia de un nombre pero sin conocer, imaginar o pensar esa ciudad con intriga. Me era absolutamente indiferente, lo confieso.

Luego vinieron los años de la universidad y jamás pensé que conociera a semejante escándalo de mujer que me hizo vislumbrar la existencia de Barrancabermeja al escucharla pronunciar con ímpetu el lugar de su procedencia y sufrir ante la idea velada que todos teníamos de su tierra. Entonces el imaginario —extrañamente al conocerla— se reafirmó y la vida se plagó de chistes de babillas y tiros al aire del barramejo estereotipado. Y jamás abrimos el tono saboteador —pero divertido— a la “verdad”, al menos a la suya propia. Creo que asumió con resignación los chistes y nunca habló desde esa voz que me conmueve al leer su carta sobre un lugar para mí desconocido. Para mí, desde que la conocí, barranca se llama Yéssica Chiquillo. Cada vez que alguien cuenta algo sobre esta ciudad su figura se dibuja en mi mente, el estruendo de su voz que me hace tanta falta parece estar presente y veo la división de mi amiga en estos dos mundos que así pertenezcan a un mismo gran suelo, tienen mecanismos de vida al reverso de lo que conozco. Y ahora sé que lo único que hacía falta para construir la imagen perfecta de un

lugar por el que ahora siento curiosidad, era saber algo de sus días, de la imagen olvidada de barranca que hace que el *bermejo* sea más apacible y la tiña a usted de un aura rojiza y de algún modo nostálgica, así en este momento sus rutinas se inscriban sobre ese suelo.

Alguna vez nos dijo —en uno de esos *chats* que tenemos los amigos para sentirnos presentes así todos estemos encaminando el futuro en lugares distantes, incluso en la misma ciudad algunos— esto que no pude evitar memorizar y después *tipear* cuando tuve la idea de hablar de los lugares desconocidas por medio de los amigos que son ciudad: *Yo ni sé la gente ahora de dónde pensará que soy. Ya perdí mi voz original. Ahora soy una santandereana, barrameja (costeña de agua dulce), con un ligero toque de rola. Acá, en el colegio, todos pensaban que era de Bogotá. Es muy raro que mis coterráneos no me reconozcan. Ya no soy yo.* Y el final de esta afirmación cargada de una *Yéssica* confundida sobre sí misma, me hizo pensar en la división que siento que tiene —o tuvo— al sentir a Bogotá como un hogar que era, en definitiva, también suyo. Nos pareció extraño a todos que la pensaran con acento bogotano y volvió el chiste superado a la mesa de juego de la amistad que tenemos. Pero en realidad, más allá de lo extraño que pueda parecernos a los bogotanos —o a los que tenemos este acento preguntón—, veo que lo que dice —o le pongo yo a decir— es que se convirtió en la barranca móvil que estábamos destinados a conocer a través de una “inocente provinciana” puesta en esta ciudad de humo, lluvia, ventarrones y frío. Se fue nutriendo de su individualidad, al *ser* todos los lugares al mismo tiempo y alimentar su arraigo con la virtud del viaje y el asentamiento en otros espacios.

Me parece curioso que siempre que alguien me habla de la ciudad donde vive, sea imposible dejar de lado la realidad climática, y podrá sonar a esa idea colonialista de la que usted me habló alguna vez —sin ser tan reduccionista, claro—, pero en efecto un precipicio de diferencia entre dos lugares y la forma de llevar la vida de la gente, tiene que ver con la temperatura de los aires que nos rozan la piel. Y aunque también sea una afirmación obvia, me intriga la necesidad de mencionar el clima que tiene casi que todo el mundo. Es como si, antes de empezar a contar “lo que es” un lugar, fuera fundamental establecer el aura que encierra los sucesos. Como también a veces los eventos del día, que salen o no según lo planeado, dependiendo de la condición de un clima inesperado. Qué bella imagen la de esa barranca

cuando no hace calor... me da la idea de una gente que se siente por fin junta en la frescura de poder estar en la calle; que la tranquilidad les brota por los ojos porque, aunque estén acostumbrados a incendiarse de afuera para adentro, también el frío hace parte de lo que necesitan para dar un respiro al trote de la vida. Cuando estuve en Berlín vi que sucedía todo lo contrario, al parecer en Alemania los inviernos son tan largos que el primer rayo de sol lo que hace es pellizcarle las nalgas a todo el que esté sentado, la vida se ve obligada a suceder en la calle, la gente se tumba en los parques sintiendo el pasto que sigue helado pero el poco calor que riega el cielo hace que no importe nada, ni siquiera una repentina ventisca del norte puede arruinar ese momento *topless*.

¡Las palomas de barranca son las iguanas! ¿por qué nadie me dijo eso nunca? Qué desagradables se debieron volver para usted los días bogotanos al ver a las palomas picoteando migajas de pan en los andenes y las plazas, después de estar acostumbrada a ver iguanas deslizándose por el suelo del colegio pidiéndole con timidez —¿son tímidas?— un poco de su lonchera. La palabra “deslizar” tiene una connotación de desagrado normalmente, pero yo no la uso en esos términos, lo imagino más bien como un deslizarse solemne, paciente, que acompaña muy bien la mirada impertérrita de las iguanas.

¿Por qué nunca ha entrado a La Scala de Milán? Se escucha como esos lugares a los que usted les sigue la pista *online* —adicción que jamás he podido desarrollar yo... pero, ¿sabe? Esa es otra forma de construir el imaginario de una ciudad, la ciudad intangible y virtual. Pero bueno, eso es otro tema y a mí no me interesa mucho que digamos, sobre todo porque los computadores me hacen sentir impotente y entro en unas guerras ridículas hasta con el pobre y siempre útil *Word*—. Tiene que ir y contarme qué es lo que realmente pasa ahí adentro, cómo son las tertulias barramejas y cómo es la juventud con la que usted escucha los boleros para los barramejos viejos que probablemente los escuchen con nostalgia. Yo creo que si entrara ahí, sentiría que no es tan diferente a ese tipo de sitios que uno encuentra en Bogotá y me daría cuenta de que la exotización debería ser un crimen.

¿No cree que puede seguir siendo esa persona que regresa, al contarme su ciudad con ese tono presente pero nostálgico que tiene? Creo que uno siempre está regresando, a cada hora, al

aventarse a un nuevo día estamos regresando al recuerdo del día anterior —día de tiempo más prolongado porque carga todo el pasado de la vida— donde en algo fallamos, acertamos o aprendimos, que nos hace ser la presente *Yéssica*, la presente *Mariana* reclinadas sobre el minuto que ya pasó. Me gusta la soledad que me cuenta. Esa misma también la disfruto y me imagino que su turismo gastronómico —que es una costumbre que según tengo entendido cultivó en Bogotá, aunque en ese momento su capital solo daba para dedicarse a las pizzerías o a ir descendiendo por la carta de LaQuiche— incluye las picadas barramejas de las que una vez me habló, indignada por lo insulso de las picadas bogotanas. ¿La gente come mucho en la calle allá? Porque, como usted sabe, aquí sí, pero siempre está ese recelo ante la dudosa procedencia de los ingredientes. ¿Alguna vez comió las hamburguesas del carrito que se pone en la 46 con 8va? Si no, tengo que llevarla, para hacerle justicia a la comida rápida de las calles de Bogotá.

Y sí, es verdad que cuando uno anda solo ve todo lo que se pierde por estar alternando la vista entre la posible alcantarilla sin tapa y los ojos de un acompañante-interlocutor. Y eso también pasa, que se revela ante la vista lo que siempre está nublado porque el recorrido se hizo cotidiano, cuando le muestra la ciudad a alguien que no la conoce. Se la termina mostrando a sí misma sin darse cuenta.

¿Sabe? Yo pondría en las postales a los perros panza arriba, la gente en las bancas de los parques, los gatos coqueteándole al sol al fin suave del medio día, los ventiladores detenidos en las casas vacías...

Esto es por ahora lo único que tengo por responder, y muchas dudas se me estarán escapando. Antes imaginaba el momento en que visite Barranca un poco desastroso, con la ropa pegada al cuerpo, los pies hinchados y una furia frente a la refinería... la única forma hermosa en la que podía visitar Barranca era en el apartamento 713 de la 45 con 7ma. Ahora, veo que puedo emprender ese viaje algún día...

La quiero y la extraño,

Mariana

9 de noviembre de 2015

Mari querida, una vez más

Toda mi vida he odiado las palomas. Son la peste citadina por excelencia. Donde ven edificaciones abandonadas o un resquicio por dónde meterse entre los tejados, allí invaden como ratas. Y Barranca no ha sido la excepción. Sin embargo, a muy pocos nos nace darles de comer. Aquí se respeta todo lo que no estorbe, y tal merecimiento se lo llevan las iguanas: se buscan su propio alimento y reposan tranquilamente en los árboles y bajan a tomar el sol —en el colegio donde ahora trabajo es normal verlas porque está rodeado de zona boscosa. A veces hasta bajan micos a robarse la lonchera de los niños descuidados—. Yo fui enseñada a ver a estos reptiles como reliquias, como solemnes sobrevivientes. Las iguanas están donde pertenecen, nosotros hemos rasguñado su hábitat, nosotros somos sus invasores. ¡Eso jamás pasará con las palomas! Dios creó al hombre y detrás se vino una paloma volando.

Aquello que dices del clima es tan inevitable...nos debatimos entre dejar que un lugar nos defina y que nosotros definamos un lugar. La clave de un buen hábitat sería ver entrambas posturas como complementos y no como opuestos. Cuando hablo sobre los días en que no hace calor en Barranca, tampoco estoy arrojando la temperatura a su otro extremo: el frío. Y aunque se le oiga decir a la gente que “está haciendo frío”, todos sabemos que no es así, y que en realidad el clima está templado porque ha llovido toda la noche, el cielo está nublado, hay una brisa permanente y ligera y no hay necesidad de usar aire acondicionado, basta con encender el ventilador y tener una sábana de esas suaves y delgadas para taparnos la cara. Sería desastroso que en realidad hiciera frío en Barranca. Casi todos vivimos a diario el frío artificial (mucho peor) de las oficinas, de los auditorios, de los hospitales, de las droguerías, del centro comercial, de los cajeros automáticos... un frío que nos condena a una gripa eterna porque una vez salgamos de él, nos recibe, sin piedad, el aire caliente del entorno. Ahora, por ejemplo, estoy en modo *zombie* de tantos medicamentos que he tomado para atacar la gripa. Y estoy tiritando del frío y añorando una bufanda en esta biblioteca que queda en uno de los lugares más calientes del país. Qué locura.

No he entrado a La Scala de Milán porque no me he llenado de valor para hacerlo, además creo conveniente la compañía de un adulto (o varios adultos) para pasar desapercibida en aquel lugar nada frecuentado por la juventud. Es lo mismo como si entraras sola a uno de los billares más antiguos de Bogotá, rodeada de hombres en corbata, comentando la prensa que leyeron en la mañana (también estoy imaginándomelo todo). Y sobre todo, porque es un lugar que me recuerda a la muerte, a pesar de toda la vida que rebosa desde su interior. En fin, más me vale no estar sola el día que decida entrar a tomarme una copa y pedir *me volví viejo* o *yo también tuve veinte años*. También me da miedo ingresar luego de haberme armado una elaboradísima y cuidadosa maraña de expectativas.

Creo que lo que siempre me ha disgustado de varias historias sobre Barranca es que siempre la perciben desde su pasado violento y desde allí la observan para todo lo demás. Yo asumo que en todos los rincones de Colombia ha habido violencia. Pero a la hora de querer conocer un lugar, vale la pena ver cómo la población actual se ha levantado de aquel funesto pasado, cómo vive ahora, qué tanto repite su historia, y quiénes (aunque muy pocos) se esfuerzan por no hacerlo. Cuando al hablar de Barranca empezamos por sus masacres, es como si ya la estuviéramos condenando a la fosilización, recordándola por lo que fue en una época, perpetuando su década de violencia para siempre. Y no está mal recordar. Sé que la violencia no se ha erradicado, transmuta, cambia de nombre; pero precisamente cuando me pediste una carta sobre Barranca, intenté (y mucho) no dedicarle tantas líneas a lo mismo de siempre, y buscar, en medio de mi cotidianeidad, aquello que la hace interesante, a mi modo de ver. Podría escribir sobre la corrupción, el vandalismo, el estadio de fútbol al que le inyectaron una suma astronómica de dinero (como para haber hecho dos estadios más); pero se convertirían mis recorridos íntimos de la ciudad en todo un panfleto, un alegato, una crónica roja, en una lista de quejas y me perdería yo, como habitante del convulso siglo XXI, en el intento de caminar sus calles en soledad. Olvidé decir que el color bermejo me recuerda también al color de sus atardeceres. Atardeceres enrojecidos que vi durante toda mi infancia desvanecerse en la penumbra de la noche, mientras recorría en bicicleta un número incierto de calles.

Y por cierto, Barranca ya no es la capital petrolera del país. Eso quedó en el pasado, aunque a muchos les cueste todavía aceptarlo. Quien siga creyendo aquello, más le vale irse a

vivir a Cartagena (como lo han hecho ya varios), donde inauguraron la refinería más grande de Latinoamérica (y tal vez esto sea una gran apertura para el *fracking* más grande del continente — adiós agua potable—). También quiero confesarte que en Barranca no hay turismo, aunque sus gobernantes digan lo contrario, al fin y al cabo tienen que mentir luego de no haber hecho nada. Tantos años enseñando en los colegios los recursos renovables y no renovables, no sirvió de nada: acá han creído toda una vida que el petróleo es eterno y prefieren —como ya lo han venido haciendo— sacrificar toda el agua a costa de unas cuantas gotas negras. A Barranca le será difícil recuperarse y aceptar que debe cambiar su modelo económico y devolver la vista al agua. Ojalá ya no sea muy tarde.

Creo que todos hemos sido provincianos al hablar de lugares que ignoramos, pero también es un error creer que el de la provincia es aquel que lo ignora todo. Me imagino que otras son las historias que cuentan en Alemania sobre la provincia. Gracias a haber vivido en Bogotá y haberte conocido, supe más de mi tierra y de Colombia (porque todos, sin excepción, reafirmamos un provincianismo fatal al conocer al otro). Muchas veces alejarse de un lugar nos hace ver en la distancia aquello que se abandona, y con una visión mucho más abarcadora. De Barranca me ha faltado vivir realmente su lado ribereño, aspecto que solo he conocido a través de su literatura.

Pienso que cada lugar en el mundo se devuelve, como si se tratara de un juego de pimpón, la pelota de los temores y asombros y mitos. Mucha gente de Barranca habla con temor sobre Bogotá, como la ciudad de los peligros. A todos nos pasa lo del Lazarillo de Tormes: *¡Cuántos debe de haber en el mundo que huyen de otros porque no se ven a sí mismos!*

Hace mucho que no consumo comida proveniente de carritos de la calle, ya ni Barranca se salva de mis temores digestivos. Y como el recelo siempre ha existido, lo que hizo la gente fue trasladar muchos de esos carritos de perro y fritanga a un local delimitado por cuatro paredes. Acá los lugares de comida chatarra pululan de gente y es difícil creer posible la coexistencia de un gusto desaforado por este tipo de comida y una cultura del deporte. Yo muchas veces he tenido el descaro de hacerlos convivir naturalmente.

Espero que si alguna vez vienes de visita, vayas sumando más nombres —no solo el mío— a esa idea de Barranca. Podrás sumar, por ejemplo, el nombre de mi abuelita Ligia, que prepara las mejores hallacas, deditos y motes de queso. También irás sumando más voces, más acentos porque, como te dije en la carta anterior, Barranca está hecha de la suma de varios pueblos y es difícil unificarlos todos en un solo sonido, aunque habrá expresiones y colores parecidos. Y estoy totalmente de acuerdo con lo que dices sobre mi confusión: tal vez deba ver aquella “pérdida de voz original” por la que tanto me alarmé, como una ganancia de otros matices, de otras voces que me permitieron construirme un coro, una imagen mucho más grande de mi territorio (tuyo, nuestro, qué vivan las posesiones).

Creo que hay otra manera, además de la muerte, de integrarnos a la tierra que habitamos: a través de los sueños. Hace poco, en plena época electoral me soñé con Barranca: el alcalde mandaba a tumbar todas las ceibas que llevaban más de cincuenta años en la ciudad y donde quedaba el enorme espacio de cada árbol talado, erguía un monumento con su busto. Ese resquemor político no lo abandona a uno ni en los sueños. Creo entonces que tanto Barranca como Bogotá me han habitado inconscientemente. Ya ambos lugares me son entrañables.

Espero que haya podido responder varias de tus inquietudes y te haya inquietado mucho más como para seguir conversando largamente en otras ocasiones, al calor de un tinto o al frío de una cerveza.

Te quiere,

La de estruendosa voz

Posdata: a veces me gustaría aprender a disfrutar más la soledad que te contaba en la primera carta...siempre me estaré acostumbrando y desacostumbrando a un lugar y a su gente. Uno *regresa* y *abandona* siempre sus costumbres. Y adquirir otras es volver inevitablemente al círculo vicioso.

(No sé por qué tiendo a tutear cuando escribo. Otra cosa rara en mí).

Abriendo camino en Por la senda de lo ausente: De la memoria, las ciudades y su identidad

(Por Carmen Correa)

Conocí a Mariana hace un año y medio en Berlín. Aunque yo ya llevaba algún tiempo en esa ciudad que ya conocía bastante bien, encontrarme con ella me recordó a mí en la novedad de la llegada, cuando aun no estando del todo sola en ese lugar pequeño pero lleno de posibilidades para pasar los días, la soledad es inmanente. Fue refrescante y nostálgico a la vez recordar cuando recorría esas calles desde la extrañeza, sesgada por la novedad de la “independencia”, cuando aprendía ese idioma casi siempre frustrante (cuando no lo era, me daba un brinco al corazón y me sorprendía a mí misma entendiendo cinco minutos a un interlocutor paciente y dedicándole otros tres a una respuesta atropellada, pero coherente). El alemán, a la larga, funcionaba en ella (como antaño funcionó en mí) como un mecanismo para aferrarse a una rutina y simular una vida de deberes y propósitos.

Nos encontrábamos casi todos los días después de su salida de clase y era ese el tiempo que más exaltante haría sus preocupaciones por el viaje y el retorno, recordándome a mí que también este miedo concernía a mi futuro (y aún prolongado) regreso a Bogotá. Gastar largas tardes sentadas en un parque, charlando casi siempre sobre esta ciudad de la que caímos en un enamoramiento idealizador o pasar los días aburridos en casa tomando café, enseñándole a liar cigarrillos, saltando de rama en rama, retomando historias que llevaban días siendo contadas, todo esto accionaría la búsqueda de sus respuestas y la pregunta por “El secreto” (que jamás resuelve, tal vez porque se pierde en los acontecimientos, es decir en *los caminos*). En varias de estas charlas, abordamos el tema del viaje (ya que estábamos en uno, era un tema recurrente y casi que una necesidad vital) como factor transformador de lo que creíamos ser; como detonante de expectativas, de impulsos y causante de idealizaciones.

Durante todos esos meses dimos vueltas al tema y temíamos el final del viaje que nos había juntado en el recuerdo de soledad que cada una buscaba; y fue solo hasta la última semana que, después de un brote de angustia por el regreso a la “vida real” que esperaba a Mariana en Bogotá, descubrimos que su memoria sobre esa realidad estaba ya absolutamente distorsionada. Le mencioné que me intrigaba cómo hace años yo misma había imaginado esa Berlín y la veía bajo un tono y unas luces como en el rodaje de un *film*, como en los ángeles de *Der Himmel über Berlin* reposando sobre los techos; y que me había dado cuenta de que la ciudad que caminaba en mi nueva rutina era muy diferente a la de las películas, incluso cuando las locaciones eran las

mismas. Ella estuvo de acuerdo conmigo y se preguntó cómo recordaría esta ciudad cuando aterrizara atemorizada por el futuro en la ciudad de su “vida real”. Llegamos a la conclusión de que tal vez estallarían sus recuerdos en una idealización enfermiza y melancólica.

Respecto al proyecto de estudio que Mariana tenía para su tesis de grado, soy testigo de que pasó por una confusión abrumadora cuando vivió aquí en Berlín durante cinco meses. Algunos días ella me acompañaba a la Biblioteca de estudios latinoamericanos donde yo pasaba mis tardes y me contaba sus preocupaciones; intentaba encontrar algo que la entusiasmara y llegó con la idea de estudiar a César Vallejo. Aunque yo sabía que bastante se había dicho ya sobre este gran poeta, intenté no desanimarla y algo de gracia me causaba verla rebuscando entre los libros algún título que le hiciera *click*. Pero nada parecía quitarle su temor al fracaso. En su regreso a Bogotá abandonó la empresa de adentrarse en Vallejo y prefirió ocupar su tiempo en dilatar la llegada del momento en que le tocara decidir por dónde seguir sus estudios literarios. Varios meses pasaron y en mi correo no había noticias de lo que quería hacer y el final se acercaba... hasta que un día recibí un mensaje corto en el que me adjuntaba su ensayo *Begrande y Bepequeña* y planteaba la posibilidad de continuar con textos del mismo corte para realizar una tesis creativa. Le di algunos consejos y la alenté a que siguiera con su idea. Siguió enviando las demás ideas que meses después tomaron forma para convertirse en este libro que aquí presenta.

Mis consejos en algo le ayudaron e incluso a veces siento que mi voz y el recuerdo de nuestras conversaciones son, en definitiva, la espina dorsal de su trabajo. Sin embargo, alguna vez le mencioné (para dejar de lado la condescendencia) que aunque a mí me parecía bastante interesante su trabajo, por el nexo directo que tenía conmigo; poniéndome al margen del proceso, era un libro que si alguna vez llegaba al estante de una librería nada más pasaría por mis manos, lo ojearía, me simpatizaría con algunas de sus ideas, mientras escogía otro libro que sí llegaría hasta la caja registradora. Fue interesante ver que esto no la desanimó ni un ápice para continuar, y en ese sentido su obstinada determinación me obliga a hacer este análisis.

Creo que su trabajo nace de nuestras conversaciones que fueron producto del temor, el extrañamiento, la costumbre, de nuevo el temor y que aquí podrían plantearse desde tres momentos de la memoria de los que ella empezó a ser consciente a raíz de este viaje y que

menciona a grandes rasgos en su ensayo *Begrande y Bepequeña*: “idealización, recorrido desmitificador y nueva mitificación” (Betancur, 2015, p.6). La primera parte de este análisis quiero dividirla en tres partes que corresponden a estos tres momentos y que yo prefiero llamar: La ciudad contada, la ciudad recorrida y la ciudad recordada. En diálogo con las tres primeras partes de *La ciudad como autobiografía de Leonor Arfuch* (Espacios, recorridos y memorias). Seguido de esto tocaré otros temas relevantes para concretar el texto: el olvido, lo ausente y la identidad.

La ciudad contada

Ya Leonor Arfuch había determinado que la ciudad se proyectaba en ella de manera autobiográfica. En *La ciudad como autobiografía*, la autora se apropia de esta noción del espacio que es además centro magnético de múltiples individualidades. Cómo los lugares determinan el modo en que un sujeto *x* se enunciará en el mundo, y cómo el espacio se abrirá campo en la construcción de una historia personal, son las preguntas motor que podemos leer entre líneas dentro del análisis que hace Arfuch sobre las apropiaciones espaciales; en él se vale también de su propia experiencia, de su propia ciudad autobiográfica, para erigir sólidamente una postura frente al espacio y sus sujetos o los sujetos y su espacio.

En *Por la senda de lo ausente*, Betancur depura también (y es evidente la influencia de Arfuch, ya que podemos ver a lo largo del texto un par de citas) una versión de su autobiografía de la que, por la distorsión del recuerdo que cada vez se hace más consciente a medida que avanza el texto, alega del carácter de cambio inmanente en el rehacer el pasado y contar la historia. Sintoniza con Arfuch al pretender mostrarse vulnerable a la ciudad como fuerza transformadora de su tránsito por el mundo. Desde *Begrande y Bepequeña* ya podemos ver el latir de una idea de construcción de recuerdo desde los inicios; y los inicios son, en definitiva, la ciudad que se ha imaginado cargada de referentes y opiniones ajenas. La influencia cinematográfica es casi protagónica dentro de esta madeja de relatos sobre un lugar desconocido:

Sobre esos misterios de la ciudad, la literatura y el cine han trabajado sin descanso (...)
Del lado del cine, la ciudad es protagonista absoluta de la mayor parte de los filmes que vemos, el escenario por excelencia de todos los registros de la vida humana: personajes, historias, mitos, afectos, sensaciones, violencias. Así, en un impacto visual que se hace hábito, reconocemos ajenas geografías en un efecto de anticipación: antes de llegar ya habremos recorrido —y sufrido— los derroteros de sus personajes en una rara familiaridad” (Arfuch, 2013).

Retomemos la última oración de esta cita: Resalta Arfuch un “efecto de anticipación”, mismo efecto del que Betancur desglosa su “primer limbo”: “(...) uno sueña con que algún día llegue la partida. Cuando este día llega, uno ya se ha ido hace mucho tiempo y ha estado

estancado en el limbo de la preparación” (Betancur, 2015, p.9). La anticipación es entonces fundamental para dar inicio a la experiencia que se tendrá de un lugar, sin estas mediaciones mediáticas (me permito la redundancia) que han determinado previamente un lugar, no se podría tener la experiencia —y sufrimiento— anticipador. No es una anticipación adivinatoria pues es precisamente la incertidumbre frente al cambio, la conciencia de una fragilidad del mito lo que la suspende a ella en este limbo. Es una anticipación preparatoria en la que visualiza imaginarios románticos de película para descubrir que “luego se llega en cuerpo y el impacto de lo desconocido hace que se sufra algo así como una caída en picada al desasosiego” (Betancur, 2015, p.9).

De estas idealizaciones producto de lecturas, aprendizajes colegiales, cine, narraciones artificiosas —no artificiales— nacen otros impulsos curiosos de los que el resultado más probable será el viaje.

Sin embargo, de los artificios que determinan las historias ajenas sobre un lugar y de la anticipación

se puede proyectar una ciudad, sus edificios, calles, plazas, servicios, con las mejores intenciones —y quizá es muy bueno que eso suceda—, pero nunca podrá anticiparse la multiplicidad de los *usos*, su esplendor o su decadencia, los modos de habitar, los tránsitos, las trayectorias. (Arfuch, 2013)

Y con esto se explica la sensación que merodea *La ruta imaginaria* de un descubrimiento de algo más fuerte que las trayectorias de itinerario y puramente visuales. Del relato, Mariana concluye que

la ruta siempre será invisible porque reside en lo más intangible del recorrido, en lo que podemos recordar porque está atorado en las papilas gustativas, en que la piel quedó estremecida ante lo nuevo, en el sonido de risas, en los silencios del ocasional disgusto. (Betancur, 2015, p.26)

Esto sucede también cuando dice “creo entonces que ahora el viaje y la ruta que intento trazar ni siquiera pueden definirse en fechas o distancias” (Betancur, 2015, p.11). Parece que en la segunda cita ya venía sospechando la idea de *La ruta imaginaria* aunque no la desarrolla.

Descubre que la anticipación falla y que el verdadero camino tendrá que hacer caso a ese impulso curioso y dar el salto a recorrer la ciudad que ha imaginado.

La ciudad recorrida

Parecerá obvio pensar que el espacio existe a priori a la experiencia. ¿Es esto cierto? podría decirse que la existencia del espacio es más bien parcial ya que físicamente está delimitado y nombrado pero necesita de la coexistencia con el individuo para existir plenamente. Como dice Arfuch (2013), “el espacio es producto de interrelaciones, desde lo inmenso de lo global hasta lo ínfimo de la intimidad”. Y como esos amigos que son ciudad para Mariana, el espacio está definido sobre todo por el sujeto. Sujeto del cual se desprende el espacio y pierde “territorialidad”. Un lugar puede así desplazarse una y mil veces, alimentarse en el tránsito y el cruce de las fronteras que viven sus habitantes. La ciudad llega a oídos del otro por la voz que tiene en cada uno de sus mensajeros-habitantes, siguiendo el orden de ideas propuesto en *Las ciudades de los días* donde se rompen las barreras territoriales. Que, como dice Massey, una ciudad pueda vanagloriarse de su multiculturalidad depende de la apertura hacia un territorio intangible germen de la “coexistencia de voces y trayectorias diferenciales (...) precisamente porque ese producto de relaciones e interacciones siempre está abierto, en proceso de formación, devenir, nunca acabado” (Massey citado por Arfuch, 2013).

Parece que en el texto Betancur quiere dar cuenta de la “interacción dialógica” que plantea Arfuch; sin embargo, su acercamiento a las “ciudades-criatura” en torno a las cuales desarrolla la relación epistolar no da muchas respuestas a la pregunta sobre cómo se construye el espacio según sus habitantes; más bien recoge visiones subjetivas de sus interlocutoras sobre las ciudades que ellas habitan. Es decir, la “interacción dialógica” está coja porque solo se evidencian interpretaciones del espacio más no transformaciones del espacio mismo, afectado directamente por estas, sus dos amigas. La interacción es más bien otra, una en la que el espacio de la “ciudad-criatura” que ella misma se adjudica (la ciudad Ce) nutre y transforma sus percepciones, las cuales representan un cambio nada más que para Ce. Así que la relación narrada de Ce con su espacio tampoco da cuenta de un impacto manifiesto en la ciudad-suelo que ella habita. El impacto se hace visible de manera rememorativa. Es decir, al recordar, signa la ciudad de su imaginario pero no la ciudad física que alguna vez recorrió. La “ciudad móvil” no necesita desplazarse físicamente para elaborar y relatar un espacio, acude a la memoria que,

aunque falla, responde al espacio íntimo que se ha construido en ella. Esto es algo que descubre en la primera carta de Violeta, a la que responde:

Si de lo que quiero hablar es de la memoria, de los recorridos que se trazan en las ciudades que visitamos o habitamos, lo más esencial para llegar al punto es un habitar como el que trazaste para mí sin siquiera levantarte de la mesa del café donde escribías. (Betancur, 2015, p.32)

Caer en cuenta de esto da sentido a la idea de “ciudad móvil” tal y como la plantea Mariana en *Las ciudades de los días*: “Eran ciudades móviles: cada día diferentes por la disposición de su propia mirada y el matiz de su memoria” (Betancur, 2015, p.27). El matiz de la memoria es el factor de cambio al momento de la evocación y además, gracias a que se recuerda, el desplazamiento físico se hace innecesario en el caudaloso río de lo ausente haciéndose presente.

Quiero recordar —en relación con *Buenos Aires en Violeta y De ojos bermejos*— a Luis González y González (1985) con el concepto de microhistoria, el cual responde a maneras de abordar no solo la historia sino también los lugares y que aquí, en este trabajo, parece ser el mecanismo para validar la pertinencia de la epístola.

El saber microhistórico se dirige al hombre de carne y hueso, a la resurrección de los antepasados propios, de la gente de casa y sus maneras de pensar y vivir. Por otra parte, la microhistoria se interesa en todos los aspectos de las minisociedades.

De esta manera nos aproximamos a los espacios gracias a sus personajes, a los sujetos que día a día lo constituyen socialmente y no gracias a un saber plasmado en el “testimonio objetivado” (¿qué testimonio puede ser objetivo?) de la Historia.

Por otro lado, en *Augenblick* encontramos que existe una lucha con el territorio visual de la fotografía que trunca el recuerdo, omite contornos y los demás sentidos involucrados al recuerdo. La foto se presenta aquí desde el rechazo en tanto que un acontecimiento o una calle recorrida pueden ser opacados por la “literalidad de la imagen” a la que le reclama que “encuadra y limita, habla menos” (Betancur, 2015, p.3). Sin embargo, la foto cumple un papel fundamental —en este caso, de la experiencia turista— para abordar el territorio en un primer momento, como una primera experiencia del recorrido y un primer gesto para aferrarse a ella: “Lugar extático en

las fotografías que atesoran instantes irrecuperables, pero a la vez el primer territorio de la exploración, de los itinerarios que definen el movimiento y el ser de los habitantes y de la ciudad misma” (Arfuch, 2013). Este papel fundamental lo rescata, de alguna manera, dejando de lado su obstinación por recurrir meramente a la imagen cambiante del recuerdo poroso que presenta en los textos:

No podré negar que hoy cuando veo las impresiones fotográficas de los lugares que recorrí, algo sucede y aunque estos recuerdos tangibles —plasmados a *imagen y semejanza* de la realidad— me produzcan reacciones en mucho diferentes a todo lo que recuerdo en un lugar de mi cuerpo que no sé bien dónde se localiza y me produce olores, sabores, sensaciones e incluso imágenes en acción constante detonan un primer momento para recordar. (Betancur, 2015, p.3)

La imagen ajena de la que habla, también actuará para hacer efectivo el último momento de recordar la ciudad, volviendo al primero, la ciudad contada, pues no puede volver al momento del recorrido que ya se ha desvanecido y pertenece a un pasado.

Andar es no tener lugar, dice de Certeau. “La errancia que multiplica y agrupa la ciudad hace de ella una inmensa experiencia social de la privación del lugar” (de Certeau, 1990:155). ¿Pero no podría pensarse, por el contrario, que andar es también *apropiarse del lugar*; tal como la lectura o la escucha se apropia del texto, lo incorpora, lo transforma en experiencias? Por cierto, hay andares diferenciales, cargados con el peso de la obligación —o la desesperanza— o imbuidos de levedad en la deambulación. Es posible pensar la ciudad como una trama textual, narrativa, donde metáforas, metonimias, hipérboles y sobre todo oxímoros se articulan sin cesar bajo la mirada avezada del poeta o del crítico, que no seguramente la del transeúnte apresurado. Pero también puede pensarse como el “imperio de los signos” (parafraseando a Roland Barthes), donde la visualidad prima sin duda aunque indisociable de la sonoridad —la ciudad nocturna, silenciosa, puede generarnos enorme inquietud—, lugar de encuentro con el Otro en su más rotunda otredad —étnica, lingüística, cultural, sexual—, habitada por los nombres de calles, plazas, barrios, monumentos, edificios, comercios en una cartografía caprichosa que une acontecimientos de la historia con remotas geografías. (Arfuch, 2013)

Podemos ver esta cartografía caprichosa en la forma en que Betancur se apropia de la ciudad en *La ciudad y la autopista*, cuando habla sobre cómo entró en una dinámica de rutina, posterior al extrañamiento, de la cual pudo surgir la apropiación de la ciudad que quería recorrer:

Creo que escogí la ciudad lógica, la que se parecía a sí misma, la coherente. Eran coherentes las casas, los edificios, las calles que escogía una detrás de otra, más adecuadas para eliminar el riesgo de lo desconocido. Descarté —o más bien deseché— muchos otros paisajes sin conocerlos. (Betancur, 2015, p.13)

De esto se desprende también el problema de la pérdida de la “casa natal” de la que a su vez se desprende la evasión de lo desconocido. El transcurso de la rutina hace que la pregunta por lo desconocido se desvanezca.

Los recorridos que se realizan —o se pretenden realizar— están entramados por una convergencia entre pasados y presentes que determinan la manera en la que estos se llevaran a cabo, e incluso la manera en la que los recordamos. Como bien dice Arfuch (2013):

(..) la relación entre ciudad y subjetividad supone también esa fluctuación, una temporalidad disyunta de pasados presentes, una espacialidad habitada por discontinuidades tanto físicas como de la memoria; pero también una trama social y activa perdurable, configurativa de la propia experiencia.

En *La ciudad mil veces repetida* encontramos ese pasado gracias al cual Betancur (2015) piensa su experiencia de Dresden como una ciudad en la que ella siente la “distención que era el reflejo volteado de (sus) aires tensos y contaminados” (p.17). Distención de la cual no podría ser consciente, o no representaría extrañamiento sin haber vivido el “peligro que (le) enseñaron a vivir en las calles” (p.17). También esta sensación de “reflejo volteado” nace de tener en su memoria y experiencias un referente social que hace parte de su cotidianidad. Por lo anterior, podríamos decir que el “caer en el abismo de las diferencias” es lo que determina las formas de aprehender la experiencia tangible y presente de los lugares que visita. Las “memorias de su propia temporalidad” irrumpen en la temporalidad de la ciudad recorrida y se presentan como “imágenes súbitas, que se articulan en sintaxis caprichosas y transforman el simple andar en un ejercicio de anamnesis, de rememoración” (Arfuch, 2013).

El viaje, los caminos y las ausencias hacen latir la temporalidad que atraviesa lo cotidiano para llevarlo a lo descubierto que, incauto, “se lleva algo de nuestra misma biografía” (Arfuch, 2013). Biografía de la que, al hacerse consciente, puede dar paso al último momento el cual

depende de la caprichosa ciudad que alguna vez escogimos para así mismo escogerla y recogerla —nuevamente caprichosa— en el presente, desde su ausencia.

La ciudad recordada

Casi todo el resultado de este trabajo depende del último momento del que son susceptibles las ciudades. Las modificaciones, idealizaciones, ficciones y nostalgias son sometidas a la traducción recuerdo-escritura. Todos los textos en algún punto hacen consciente la mentira o sospecha de mentira en lo recordado que, probablemente, también sufre otra modificación al ser redactado.

Podemos verlo en *Begrande y Bepequeña* en uno de los momentos grisáceos del ensayo —que parecen ser interrupciones no solo de la memoria del lugar sino de la memoria de la escritura— cuando dice:

Ya para este punto intento retomar la escritura y con ella mi memoria, la línea comunicante entre las dos ciudades, ese viaje y la imposibilidad de recordar. Pero me doy cuenta de que esta línea se ha vuelto cada vez más difusa, los límites son porosos y he hecho caso a Calvino: he rellenado la ciudad tormentosa con la que en algún momento pensé gloriosa. (Betancur, 2015, p.9)

De la misma manera, en *La ciudad mil veces repetida* insiste en que “lo verdadero no es cuestión de comprobación sino de sinceridad” (epígrafe de autor desconocido en el mismo ensayo) al decir:

Hoy, que me importa más, todo lo que recuerdo está distorsionado. Puede ser que la primera noche de la que hablo no fuera la primera, que antes conocí los edificios que cantan y después los de las cicatrices. Mi memoria, como la de Dresden, puede llegar a ser engañosa, desdibujada o tachonada por la voluntad de recordar lo que prefiero recordar. Al menos tengo la certeza de que no será mentirosa porque, ¿quién puede falsear la Dresden que hoy creo que recorrí? (Betancur, 2015, p.19)

Por otro lado, en *La ciudad y la autopista* encuentra la manera de sustraer los recuerdos o visiones de su Bogotá recorrida que la rutina le ha arrebatado:

Supé una maniobra para sacudir la imagen que se me ha dormido en las paredes, los cielos, las montañas, las alcantarillas, las cebras y los semáforos: el viaje. El viaje parte de lo conocido y, como ya he dicho, nos arroja al abismo de las diferencias. Cuando parto dejo atrás una ciudad intacta y la reiteración de los días. Se siente como si al regresar esa ciudad invisible me fuera a

esperar estática en el movimiento interior de su esfera, que se cree impenetrable por la vida de ciudades que nada más rozan sus límites. (Betancur, 2015, p.14)

Agrego que creo que la idea anterior es la misma a lo que ya Arfuch había propuesto y que incluso Betancur utiliza de epígrafe en *Weltschmerz*. La diferencia es que esta última aterriza al final la experiencia personal que conecta esa ciudad interior y amurallada a las ciudades-criatura que la rodean. Ella es consciente de los quiebres en la veracidad de sus recuerdos y parece que quiere tomarlos como el núcleo de todo lo que le interesa transmitir con sus textos. Que no importan tanto las experiencias que ha vivido porque son absolutamente personales, lo que importa es evocar el objeto ausente y preguntarse cómo sucede esta evocación, y así busca familiarizar al lector con las maneras en que recordamos experiencias que habitan una atmósfera melancólica, esa “aflicción de mundo”.

De alguna manera el texto es, en efecto, una autobiografía. Sin embargo, no pretende historizar o “cronologizar” al individuo que es *Mariana* —en sus múltiples etapas—, sino moldear el pasado a merced de la memoria. Todo el problema que ella plantea de la verosimilitud de los recuerdos puede explicarse un poco si pensamos la diferencia entre memoria e historia:

No puede existir historia sin memorización y el historiador se basa, en general, en datos vinculados a la memoria. Sin embargo, la memoria no es la historia. Ambas son representaciones del pasado, pero la segunda tiene como objetivo la exactitud de la representación en tanto que lo único que pretende la primera es ser verosímil (...). La historia busca revelar las formas del pasado, la memoria las modela, un poco como lo hace la tradición. La preocupación de la primera es poner orden, la segunda está atravesada por el desorden de la pasión, de las emociones y de los afectos. (Candau, 2002)

De lo último podemos regresar también al concepto de “microhistoria”. El alegato, o la defensa, están aquí del lado de una memoria subjetiva que hace caso omiso de la legitimidad de La Historia. Podría decirse que La Historia es, de alguna manera, ajena a los individuos “pertenece a todos y a nadie, tiene vocación de universalidad” mientras que la memoria es construida por ellos y es local (Candau, 2002). Así, la manera en la que aborda Mariana sus ciudades jamás será histórica, teniendo en cuenta que su interés reside en descubrir algo al

interior de sí misma más que descubrir el devenir histórico de los lugares que decidió recorrer, ya sea de manera presencial o desde la distancia y el desconocimiento —en el caso de la epístola—. Y la memoria con la que asimila esos espacios es de carácter individual más que colectivo.

El problema del olvido

Hablar de recuerdo involucra necesariamente el tema del olvido, así que tengo que hablar de ello para la concepción de estas “ciudades invisibles”.

La validez de un espacio que Mariana recorre y recuerda de manera específica ha dejado de lado la ciudad que le han contado para poder evocarla desde su individualidad. El olvido lo presenta en *Augenblick* como un temor ajeno —reprochable— respecto a los lugares que otros recorren y que se hace evidente en la necesidad de capturar fotos indiscriminadamente. De esta manera podría relacionarse con un temor a la futura infidelidad del recuerdo, el cual ella plantea como fundamental para recordar los contornos que el encuadre de la foto ha dejado al margen. Pero en *Begrande y Bepequeña* la relación con el olvido es otra: “Begrande está sumida en el olvido, nadie sabe muy bien de dónde viene, qué culpas ni qué juicios carga ante el mundo: los begrandes se sientan imponentes en su presente y destiñen constantemente su pasado” (Betancur, 2015, p.8). No sabría decir si se trata de dos tipos de olvido de los que habla, e incluso, partiendo del hecho de que el uno es olvido individual y el otro colectivo, sucede con estas dos posturas contradictorias frente al tema, que el lector podría no entender muy bien si la autora se ubica del lado del olvido como mecanismo para dar validez a sus evocaciones distorsionadas, o si el olvido colectivo —que es el que le corresponde a los begrandes y en el que están “sumidos” —debe ser erradicado para que una sociedad como la de los bepequeños pueda cuidar las decisiones de su futuro. Lo que podríamos decir al respecto, es que el olvido del individuo es necesario para crear las ficciones de su pasado, escogiendo los recuerdos no solo que quiere evocar sino también contar, y el olvido colectivo manda a su ciudad de origen al piso más bajo de una sociedad. Candau (2002) afirma que

la memoria colectiva es más la suma de los olvidos que la suma de los recuerdos pues, ante todo y esencialmente, estos son el resultado de una elaboración individual, en tanto que aquéllos tienen en común el haber sido olvidados.

Podemos ver que ya Betancur se acercaba a una idea similar de lo que el recuerdo de un sujeto particular puede efectuar en la validez de su autobiografía y así mismo agrupar, aparte, a la sociedad que olvida. Además su postura ambivalente reafirma lo que dice Candau (2002),

reclamando el camino bifurcado al que nos presentamos con el olvido: “es una censura pero también puede ser una carta de triunfo que le permita a la persona o al grupo construir o restaurar una imagen de ellos mismos globalmente satisfactoria”. En el texto de Betancur (2015) lo vemos en estos términos “(...) este mismo olvido hace que los reinvente, que los construya idealizados como construyo las ciudades que trazan en mí una línea comunicante entre mis dos Marianas” (p. 11). El testimonio quiere ser contundente y verosímil —aunque sin carácter de universal— y se pone en tela de juicio al afirmar la ficcionalización de sus relatos. E incluso, como afirma Candau (2002), también los recuerdos históricos se construyen a partir de “la impronta de la memoria individual”. De allí se abre la pregunta sobre qué recuerdo no es personal y cómo la Historia es en realidad la historia particular de *alguien* contada por *otro*.

Betancur alega que su memoria o sus remembranzas son únicas, propias y por nadie reprochables; pero de los lugares que conoció o habitó, su recuerdo caprichoso sufre también la trampa de un “eco de la memoria de los otros” (Candau, 2002) que existe en las fotos ajenas, en las conversaciones con *otros*. Eco indispensable para abrir el espectro del recuerdo individual y que así no se presente la simple y aún verosímil ficción de un pasado tangible, para que no se presente como “alucinaciones” de quien recuerda en solitario (Halbwachs citado por Candau, 2002). Betancur acude a cierta memoria colectiva que le sirve para validar y activar algo de lo que recuerda: regresa a sus fotografías para forzar la ficcionalización de un acontecimiento al contemplar el encuadre literal y encerrado que permanece estático en la imagen. El forzar la ficcionalización funciona en pro de la creación del relato, relato que cobra sentido y que puede ser pensado nada más desde las imágenes ausentes del espacio.

El espacio ausente

En la casa final como en mi casa verdadera, el sueño de habitar está superado.

Hay que dejar siempre abierto un ensueño de otra parte

G. Bachelard. Casa y universo. *La poética del espacio*.

El andar por un espacio nuevo, las trayectorias por lo desconocido, el asombro por lo distante, el viaje, la anticipación de lo misterioso, solo cobran sentido al existir la latencia del espacio ausente. De lo contrario, la “casa natal”, las costumbres y rutinas no cumplirían el propósito para el que se han grabado en la memoria. Este propósito sería lo que Betancur llama “el abismo de las diferencias”. Lugar vacío, intermedio y limbo donde se encuentran espacio ausente y espacio presente, y el sujeto se ve suspendido en el “venir de” y “estar en”. El recuerdo transporta a algo inmenso e inmóvil, inmovilidad que existe en el lugar abismal donde se flota. Como en *La ciudad mil veces repetida* donde Dresden, mientras más presente y más cercana, se le ocurría más encerrada. La distancia abre el horizonte de la imaginación y de la ficcionalización de un pasado.

Sucede que los lugares que serán futuros referentes para que se construya lo nuevo desde la subjetividad, necesitan de lo que ya hemos llevado en las entrañas. Así “¡los espacios que amamos no quieren quedarse encerrados siempre! Se despliegan. Dígase que se transportan fácilmente a otra parte, a otros tiempos, en planos diferentes de sueños y recuerdos” (Bachelard, 2000, p.64). De esta manera, el sujeto se apropia del espacio porque ya ha tenido la facultad de habitar; una nueva manera de recorrer las calles y atravesar los días es inmanente al viajero por el recuerdo de lo que ya se ha hecho antes.

Para que un viaje sea tal no basta considerar el puro desplazamiento efectuado por un individuo de un lugar a otro, sino que es necesario observar qué es lo que ha alimentado su recorrido, cuál ha sido el intercambio que se ha producido en el camino: dicho de otra forma, cómo ha sido recibida y transformada la experiencia del viaje, es decir, el descubrimiento del “lugar otro”. (Nucera, 2002, p.248)

El puro desplazamiento es ese que niega Betancur en *La ruta imaginaria*. No hay tal efectividad del viaje si el sujeto no alimenta el recorrido con los sucesos de su pasado que lo hacen ahora coexistir con un “lugar otro”. Esto que ha alimentado el recorrido personal de Mariana son las sensaciones que no pueden verificarse, las sensaciones que no dependen del desplazamiento en el mapa de una geografía lógica. Estas sensaciones dependen más bien de sus maneras pasadas de habitar los espacios y de los nexos emotivos que tiene con los eventos particulares del viaje. Y en esto radica el propósito del “abismo de las diferencias”. Gracias al pasado del individuo, el abismo existe y el “lugar otro” es apropiado:

Es en el reconocimiento de la diferencia donde el viaje se enriquece. Si no hay un punto de partida con el que se haya configurado lo que soy y me sirva para encontrar(me) en un nuevo espacio, el viaje no se hace (o hará) efectivo. (Betancur, 2015,p.7)

Asimismo, viene también el efecto melancólico de la “casa natal” y la anunciación de un cambio en lo que se ha dejado atrás: “Se siente como si al regresar esa ciudad invisible me fuera a esperar estática en el movimiento interior de su esfera” (Betancur, 2015, p.14). El recuerdo de lo anterior, de *lo primero*, colecciona ahora imágenes de lo nuevo y anuncia maneras diferentes de existir en el lugar del que viene un sujeto. Pero lo que no sospechaba Betancur al hablar de “el movimiento interior” de la esfera de esa ciudad a la que regresaba era que, como dice Bachelard (2000) —trasladando aquí la imagen de Casa a la de Ciudad—, “en todo sueño (me permito también llamarlo recuerdo) de casa hay una inmensa casa cósmica en potencia. De su centro irradian los vientos, y las gaviotas salen de sus ventanas. Una casa tan dinámica permite al poeta (al viajero) habitar el universo. O, dicho de otra manera, el universo viene a habitar su casa” (p.63). También Yéssica, interlocutora de la autora, fue consciente de esto en su primera carta cuando dice: “Viajar me parece una necesidad primordial, para siempre ver con nuevos ojos la tierra que uno deja” (Betancur, 2015, p.46).

La casa, la ciudad, entonces se va ensanchando poco a poco, y es así como, en *Por la senda de lo ausente* encontramos que, aunque el lugar de los referentes sea claro —Bogotá—, el lugar del que la viajera se lanza al abismo de las diferencias cada vez se universaliza más y se expande. Si trazáramos cronológicamente la manera en que Bogotá se le presenta, podemos ver que el primer momento sería en *La ciudad y la autopista*, donde su “Bogotá implosionaba en

fragmentos cada vez más superpuestos, más reducidos pero absolutamente congruentes” (Betancur, 2015, p.13). Me permito añadir que esta congruencia hace parte de lo que hace la rutina frente a los lugares: los limita, los escoge y acoge para lo que será más cómodo. Fragmentos que se adhieren a su intimidad y cotidianidad. Después, la ciudad se convierte nada más que en un referente para habitar lo nuevo: A veces como el reverso de su vida real (en *La ciudad mil veces repetida*), a veces como la oposición a ella (en *Begrande y Bepequeña*), y finalmente como el motor para dar inicio siempre al viaje, a que “el deseo de movimiento (la) asalte nuevamente” (Betancur, 2015, p.4). Me permito seguir citando a Bachelard (2000), ya que a Betancur se le atorán las palabras y al parecer su sensación interior es esta:

La inmensidad está en nosotros. Está adherida a una especie de expansión de ser que la vida reprime, que la prudencia detiene, pero que continúa en la soledad. En cuanto estamos inmóviles, estamos en otra parte; soñamos en un mundo inmenso. (p. 164)

El impulso de viaje es esta inmensidad interior y en el momento en el que el sujeto decide desprender su identidad del lugar al que pertenece —o que le pertenece—, encuentra en sí la inquietud por un mundo que se sale de sus dominios. Que se sale de lo conocido. Al viajar descubre que, instalada en la costumbre, el universo de sus posibilidades jamás podrá ensancharse. Opta más bien por tomar el camino de una interioridad turbulenta que siempre hará caso al deseo de movimiento.

Construyendo identidades

El viaje tour y la identidad

Teniendo en cuenta el espacio ausente y la ciudad recorrida, es importante ubicar al sujeto en el panorama de un espacio público del cual se desprenden sus maneras de actuar, de apropiarse y que son la pauta para la transformación de su identidad. Vásquez (2007) nos da una idea de cómo funciona esta transformación: “El espacio público es aquel en el que el sujeto que se objetiva, que se hace cuerpo, que reclama y obtiene el derecho de presencia, se nihiliza, se convierte en una nada ambulante e inestable”. Al decir que el sujeto se objetiva nos enfrentamos a la materialización del mismo en el espacio público, a cómo este lo ocupa de manera física. Sin embargo, al hablar del sujeto nihilizado entra en juego el problema de la identidad; es el momento donde su *ser* se pone en tela de juicio pues hace parte de una masa, de un espacio ocupado, no por sujetos, sino por la multitud. La sensación de pertenencia y autenticidad se evapora en un espacio que es de todos. Parece que el afán de Betancur se instala en la negación de este espacio donde el sujeto es nadie.

Podría decirse que, de puertas para afuera —las puertas de su subjetividad— las trayectorias no han marcado en lo absoluto el espacio mismo que el sujeto recorre, no modifican las calles, el devenir de una sociedad ni las dinámicas preestablecidas. El sujeto se acomoda a lo que ya está construido para ser recorrido; sin embargo, de puertas para adentro, ha ocurrido un cambio. Y un mero recorrido modifica el sendero que permanece estático exteriormente pero que altera las presentes y futuras maneras que tiene el sujeto para habitar el mundo. Sin embargo, el ser nadie enriquece al sujeto cambiante en la medida en que todo existe para sí mismo, para su propósito y cambio interior:

Los protagonistas de la interacción transitoria no se conocen, no saben nada el uno del otro, y es en razón de esto que aquí se gesta la posibilidad de albergarse en el anonimato, en esta especie de película protectora que hace de su auténtica identidad, de sus secretos que lo incriminan o redimen, o de igual forma, de sus verdaderas interacciones como terrorista, turista, misionero o emigrante, un arcano para el otro. (Vásquez, 2007)

La identidad particular está aquí salida del encuadre captado por la imagen generalizada del campo visual y cobra sentido el hecho de que “la literalidad fotográfica es sospechosa, pretende unificar la experiencia, detenerla, se hace pasar por un simple *parpadeo de ojos*” (Betancur, 2015, p.3). La experiencia unificada deja de lado al individuo que no existe dentro de la amalgama de identidades.

El misterio del *otro* no pretende resolverse porque hace parte de lo que está afuera y en el juego del cambio identitario de Mariana a lo largo de sus experiencias, el *otro* no será jamás protagonista. Y el lugar, aunque es el motor de cambio, también existe como otro que se recorre desde la interioridad. Como a lo que nos enfrentamos en *Por la senda de lo ausente* son memorias de los lugares, se nos han traído relatos de algo que existe nada más que en la interioridad de la autora y que tiene parecidos con la realidad, pero esa realidad fotografiable no es materia de interés.

En los “espacios de indefinición” el viajero es “solo ese tránsito que efectúa y en el momento justo en que lo efectúa” (Vásquez, 2007). Sin embargo, vemos que en los textos de Betancur el espacio recorrido y el momento en que fue recorrido, ya se han olvidado. Esto que nos presenta no son crónicas o diarios de viaje; son textos que ya han viajado durante un tiempo en su memoria para ahora presentarse fragmentados e inconclusos en los relatos. Cuando el trayecto ha estado en la nebulosa de la memoria el sujeto convierte los “espacios de indefinición” en espacios interiores que se multiplican y abarcan:

El espacio se le aparece al poeta como el sujeto del verbo desplegarse, del verbo crecer. En cuanto un espacio es un valor —¿hay acaso un valor más grande que la intimidad? — crece. El espacio valuado es un verbo; en nosotros, la grandeza no es más que un objeto. (Bachelard, 2000, p.178)

Por otro lado, hablando de los itinerarios preestablecidos para el emprendimiento del viaje, como lo vemos en *La ruta imaginaria*, encontramos que determinan la manera en la que el recorrido será anticipado por el viajero:

(...) el único itinerario que creíamos existente era el que podíamos escoger en la pantalla de un computador, en los mapas de *google*, en las aproximaciones de la duración de los trayectos, en los caminos lógicos geográficamente a los que procederíamos. (Betancur, 2015, p.23)

Ya en el momento en que el sujeto habita el espacio, las expectativas de su itinerario planeado se ven distorsionadas y descubre que el lugar no le pertenece realmente porque lo que ha planeado hace parte del lugar público donde será nadie. En cambio, al repasar su memoria, escoge otro itinerario que será íntimo y le hará saber que su identidad ha cambiado y la ruta física es ahora invisible. Es en el volver a lo ausente, en el acto de recordar, que el viajero comprende la transformación que ha vivido.

Hay otros espacios que se le atraviesan al viajero, espacios nada más que de tránsito, que son puentes y conexiones como lo son un aeropuerto, la estación del tren e incluso un avión. Esta sensación del “no lugar”³ la tuvo Betancur (2015) cuando descubrió que “el *limbo* se había encarnado en avión, en cielos que no son de nadie y que eran la suspensión, el detenimiento del viaje” (p.10).

El espacio del “no lugar” no crea ni identidad singular ni relación, sino soledad y similitud. ¿Por qué? Porque los “no lugares” mediatizan la relación del individuo con el espacio al crear una contractualidad solitaria; los no lugares se definen por las palabras o los textos que nos proponen para que podamos establecer una relación con ellos. (Vásquez, 2007)

La definición que ejerce el “no lugar” por medio de palabras y textos corresponde al viaje planeado, al itinerario ajeno, o más bien de todos, al itinerario lógico de *Google*, al de las agencias turísticas. Itinerario que nihiliza y suspende la identidad mientras se aterriza al lugar que sí será habitado.

Ciudad-criatura

³ Concepto de Marc Augé, referenciado en “El vértigo de la sobremodernidad” de Vásquez.

Cuando decimos “local” ¿en términos de quién lo hacemos? ¿De qué modo se articula y cuestiona políticamente una diferencia significativa? ¿Quién determina dónde (y cuándo) una comunidad traza sus límites, da nombre a sus miembros y excluye a los no miembros? (Clifford, 2008, p.32)

Estas son las preguntas que James Clifford se hace al hablar del problema de la aproximación del antropólogo que, en el trabajo de campo, estudia desde adentro una comunidad. Son estas las mismas preguntas que debemos tener en cuenta al abordar las cartas de Betancur (o Ce) con las dos ciudades que la colindan.

La noción de “sinécdoque aldea/cultura”, pasada de moda según Clifford, se aplica de cierta manera a la estrategia de Betancur para acercarse a lugares desconocidos que ella puede relacionar con sus “amigos que son ciudad”. Los amigos que son espacio en movimiento y vulnerables al cambio no solo porque pueden habitar otros espacios sino también porque la ciudad que habitan se modifica según los días. En esta medida, si la ciudad es otra para ese sujeto según el momento en que es consciente de ella, el concepto de ciudad se traslada a la identidad del sujeto. La ciudad depende del momento específico en el que su identidad la recorre y la asimila. Sin embargo, la parte de ese todo es en Betancur más micro que la aldea, pues tiene un nombre propio de sujeto. Esto se evidencia gracias a que las cartas de una ciudad son nada más que de un solo sujeto, pero sobre todo cuando, en las cartas con Yéssica, la autora afirma que al conocer a otro barramejo probablemente tendrá en sus manos otra Barrancabermeja de la que no tenía noticias. Afirma también que Yéssica “se fue nutriendo de su individualidad, al *ser* todos los lugares al mismo tiempo y alimentar su arraigo con la virtud del viaje y el asentamiento en otros espacios” (Betancur, 2015, p.49). Retoma con esto último la necesidad vital que ella encuentra en el viaje y cómo de este depende que la identidad a la que le corresponde un arraigo se nutra y apropie de otras maneras de sentir que pertenece a un lugar que antes era ajeno.

Aunque Betancur no pretende estudiar antropológicamente a las amigas que ha escogido como interlocutoras, la epístola funciona como un trabajo de campo a distancia para reconocer formas de habitar regiones desconocidas para ella. Para hacerlo no se limita a la información sobre rasgos del ser porteño o barramejo, sino que accede a dinámicas personales de llevar la vida, dinámicas que construyen una parte de la identidad individual de Yéssica y Violeta. Se

pone en cuestión la certeza de ser oriundo de un lugar pues la ciudad no contiene a sus individuos sino que ellos la contienen a ella en su diferencia. De ahí, en una lógica inversa a la que suponemos, cada ciudad sería oriunda del sujeto que se hace consciente de ella: “no solo los individuos le deben su ser a la tierra que pisan, sino (...) este suelo existe en virtud de la significación irreductible, cambiante y volátil de los sujetos que lo habitan” (Betancur, 2015, p.27). La ciudad también es criatura de sus habitantes. La ciudad se multiplica porque pertenece a múltiples voces e identidades.

Considerar los objetos de estudio en términos de “campo” tiende a marginalizar o borrar varias áreas fronterizas difusas, realidades historias que se escapan del marco etnográfico. (Clifford, 2008, p.36).

Aunque lo que aquí presenta Clifford tiene más que ver con el contexto del investigador y con contextos nacionales o de transporte al interior de la ciudad capital, creo que atañe al problema de la marginalización de las voces que plantea Betancur. No pretende estudiar la identidad que construyen en el suelo que pisan, sino darle lugar a la identidad que trasciende ese suelo que pisan.

Múltiples Marianas

El álbum de recuerdos que es *Por la senda de lo ausente*, es a la vez un álbum que contiene la identidad de la autora. Identidad que se refleja como un caleidoscopio en los diferentes lugares que habita, que capta colores y formas diferentes según el lugar en el que existió tal o cual Mariana. Sin embargo, narrativamente se ubica desde afuera y habla con la voz de aquella que escribe. Las múltiples identidades se presentan en las Marianas que ella decide recordar, con respecto a un lugar, y no en la multiplicidad de voces narrativas. Es por esto que al hablar de múltiples Marianas, no planteo un estudio para desglosar el texto desde la polifonía sino más bien para rastrear la sensación interior de cambio y el reconocimiento de sus otros yo, pasados y presentes.

El carácter autobiográfico de la escritura de Betancur se da en la medida en que ella se hace consciente de las muchas formas en las que ha sido a través de los lugares que ha conocido y cómo estos dan cuenta de una Mariana distinta antes y después de la experiencia. Desde la inocente pueblerina que pasaba sus días en la intimidad empedrada de Tabio hasta hoy. Reconoce que varios puntos de quiebre existieron entre su *yo* inconsciente de un mundo salido de lo que conocía y la Mariana que en el presente es asaltada constantemente por el deseo de viaje. Viaje que funciona como fragmentador de su identidad.

El cuento de José Saramago que Betancur cita, habla del reconocimiento de la identidad, de que cada hombre es una isla que está esperando a ser descubierta por ese mismo que es. “De tierra soy yo, y no ignoro que todas las islas, incluso las conocidas, son desconocidas mientras no desembarquemos en ellas” es la cita que Mariana escoge de este cuento (Saramago citado por Betancur 2015, p.6) porque en ella se cultiva la sensación de que todavía hay algo por descubrir y ese algo lo aterriza a los impulsos de viaje. Impulsos que la harán desembarcar en ella misma. La escritura funciona en ella como un método para atracar al fin en el muelle de su identidad. No es durante el viaje que desembarca, el viaje podríamos compararlo con la nave que atraviesa las olas, las tormentas, el mar apaciguado, y la remembranza es el desembarco. Es el hacerse consciente, hacer recuento de lo que se le ha acumulado a su manera de existir.

En *Begrande y Bepequeña* intenta descifrar quién era y quién es ahora en el presente. Este objetivo se va perdiendo porque jamás puede concretar quién era exactamente esa Mariana que quiso lanzarse al abismo y reconocerse nueva. Y el propósito de saberse antes y saberse ahora se difumina con la necesidad de narrarse en experiencias específicas. ¿Renuncia tal vez por ese quedarse pasmado del que habla en *Begrande y Bepequeña*? “Hay un quedar pasmado por lo que viene en los viajes largos, en los que hay que establecerse dentro de dinámicas en las que, al de-construir el ‘yo’, también se construye con un valor acumulativo de los muchos ‘ser yo’” (Betancur, 2015, p.9). Y entonces *El secreto* que descubre en los viajes tiene más bien que ver con la identidad y no con un aprendizaje de la vida en otras partes. Dice:

Siento, finalmente, que el tercer *limbo* es mantenerse eternamente en descifrar *el secreto* por el que se recorrieron los caminos. Es difícil comprender lo aprendido, lo aprendido más bien se manifiesta, es un síntoma de la hermosa enfermedad de no ser la misma. (Betancur, 2015, p.10)

El secreto por el que se recorrieron los caminos es el deseo de desembarcar finalmente en la versatilidad de ser ella.

Al final de este ensayo, desdobra su identidad narrándose no solo en tercera persona sino atribuyéndose el carácter de espacio más que de sujeto: La ciudad Ce.

En *La ciudad y la autopista* habla de sí misma como la adolescente Mariana en la que esa adolescente Mariana pensaba mientras se aproximaba a una de las dos Marianas que era en ese tiempo de vida estancada en el pueblo y el descubrimiento de una ciudad que la hacía sentir renacida (Betancur, 2015, p.12). La Mariana extranjera es fundamental tanto en esta parte como en *La ruta imaginaria*, y está directamente relacionada con la Mariana a la que se le ha disociado el cuerpo de la consciencia del espacio:

creo que mis pasos entendieron antes que yo la necesidad de la orientación y marcaban el ascenso y la desviación con la seguridad de unos objetivos en la mira. Mis piernas fueron avanzando, conociendo la ciudad que ahora no me abría la mirada a lo desconocido sino que restringía con mecanicidad los rituales de mi jornada. (Betancur, 2015, p. 13)

Porque la identidad extranjera que gana al recorrer en calidad de “guía turística” lo que antes conocía abre sus ojos a lo que la cotidianidad le había arrebatado. Y entonces “el uno mismo camina diferente” (Betancur, 2015, p.15) porque lo que ha cambiado no es la ciudad a la que regresa sino que en ese valor acumulativo de los muchos ser yo del que habla antes una nueva identidad de la que se ha apropiado la hace ver y recorrer de manera diferente.

Existe también una identidad del reconocerse en el otro, como sucede en *La ciudad mil veces repetida* cuando se siente en una noche bogotana en Dresden, ciudad de “anatomía” e historia absolutamente diferentes a las de Bogotá. Advierte que el reflejo disminuye de alguna manera la sensación de extrañeza, sin embargo, el revés de ese espejo es el abismo de la diferencia que la hace sentirse similar a sí misma, pero volteada (Betancur, 2015, p.16).

Una Mariana melancólica se lee en *Weltschmerz*. Aquella que recuerda la posibilidad del viaje y que quiere emprenderlo constantemente para refractarse en más luces y colores.

Al inicio de esta parte dije que rastrearía la forma en la que Mariana asimila interiormente su cambio del cual se desprenden las identidades de las que he hablado. Y que la voz narrativa era más o menos la misma a lo largo de todo el trabajo. Sin embargo, debo decir que en dos momentos se desdobra la identidad para dar cabida a otra voz narrativa. En primer lugar, como ya he dicho, la ciudad Ce es cuando puede hablar de sí misma al salirse de la primera persona para explorar el lado espacial de su identidad. En segundo lugar, acude a otro desdoblamiento de su identidad cuando decide hacer este análisis escrito por mí en primera persona hablando de la Mariana autora de *Por la senda de lo ausente* desde afuera, en tercera persona, para ponerse un tanto al margen de su producto y así aproximarse a algunos referentes teóricos con la objetividad de otro que habla de quien escribe y lo que escribe.

Bitácora

Creo que el proceso de mi escritura comienza con la introducción del análisis que hace Carmen sobre *Por la senda de lo ausente* y continúa en un diario al que di inicio antes de empezar el semestre en el que realizaría esta tesis que aquí presento. El diario no duró mucho. No soy consciente del momento en el que lo abandoné y creo que fue tal vez por haber desplazado mis impulsos de escritura hacia los textos concretos de la tesis, de los cuales ya tenía ideas más o menos claras y que ya no necesitaban de esta escritura fragmentada que habla más sobre las frustraciones y dudas que sentía sobre los temas y el proceso creativo; que también da cuenta de algo de lo que sería mi poética en esta, mi joven escritura. Quiero transcribir aquí los pocos días que duró este diario.

29 de junio de 2015

No sé si aún sea pertinente la escritura que quiero realizar. Y si por personal pueda resultar irrelevante. Por ahora la única certeza es la de una imposibilidad, de un estancamiento. Pienso que al menos hay incomodidad todavía y que sin ella nada nace. La comodidad solo aquieta la vida. Y como dice Soares “El silencio es la actitud más segura para quien desconfía de sí mismo”.

30 de junio de 2015

En este camino que ni he empezado, me lleno de frustración. Después me doy cuenta de que la frustración viene de lo que ya pasó, como consecuencia de lo que ya pasó, o por el miedo a enfrentarse a lo inconcluso. Pero esto no está ni siquiera empezado. Así que no puedo frustrarme, al menos no todavía. Luego pienso que lo inconcluso también tiene su encanto.

31 de junio de 2015

Por ahora, lo que he intentado hacer es leer. Leer de otra forma a la que llevo cuatro años y medio leyendo. Porque durante todo este tiempo leí muchas páginas, muchas palabras pero muy pocas se acomodaron adentro para hacerse campo. Creo que para enfrentarme a la realidad de que no escribiré así, como Pessoa, como Calvino, como Vallejo. Para saber también que por algo tengo que empezar. Y es que el proceso creativo no se avienta sobre el camino nada más que con papel y tinta, sino con pensarlo a todas las horas del día, con hablar de él, que no es más que un deseo, una virtualidad, una semilla antes de ser palabras. Me acuerdo que Mallarmé le dijo a su

amigo (lo que no me acuerdo es quién era el amigo, y era uno importante) que con ideas no se hacía literatura y me parece que sí, es acertado, es más bien evidente... una obviedad. Pero sin ideas no hay semilla, que de alguna manera ya es literatura como los recuerdos del pasado son ya presentes. Creo que no pensar la literatura más allá de la idea hecha palabra, hecha páginas, puntos, comas y coherencia es pensar con la más básica de las lógicas que claro, es la correcta.

2 de julio de 2015

Ciudad/viaje. La sensación de que hoy nada repercute.

La sorpresa de lo nuevo. Pero la sorpresa más grande de que lo que para mí sería natural, para *ellos* es una sorpresa. Los árboles “durmiendo” y no muertos del otoño: nuevo para mí, sorpresa para *ellos* que sea nuevo para mí. Sorpresa para mí que sea nuevo para *ellos*: Los minutos en la calle, los cigarrillos sueltos.

7 de Julio de 2015

Hoy se me vino a la mente el momento en el que descubrí que los cables de luz en Berlín habían desaparecido. ¡No! nunca estuvieron. Siempre pensé que ahí estaban como en todas las ciudades que había visitado y el fantasma de los cables de todas las ciudades que se acumulaban en mi memoria tomó su lugar imaginario en Berlín hasta que un día descubrí su ausencia. Las calles me iluminaron siempre y ¿cómo lo descubri(mos)? Buscando el símbolo universal: zapatos colgados de los cordones en un cable de alumbrado público.

10 de Julio de 2015

Estancamiento. De los primeros días en que todo es diferente y abrume. Luego se descubre que no es tan distinto a lo conocido, que estamos más como en mundos paralelos. Espejos por la globalización pero distorsionados por un pasado diferente.

11 de julio de 2015

¡Qué nostalgia la que desprenden los mapas al ser desplegados!

20 de julio de 2015

“Conquisté, palmo a pequeño palmo, el terreno interior que nació mío. Reclamé, espacio a pequeño espacio, el pantano en que me quedé nulo. Parí mi ser definitivo, pero me extraje con gran esfuerzo de mí mismo”.

De la sensación de regreso sé que intenté conquistarme pero el desaliento me impidió reclamar. Pero sí, me quedé nula. Sigo extrayéndome con gran esfuerzo. Pero Soares, le has atinado a la desgarradura. Solo que yo la siento en gerundio.

1 de agosto de 2015

En muy poco tiempo cambié muchas veces de parecer y ya que no puedo cambiar más de idea tengo que aventarme sin arrepentimientos. Pero hay además una certeza que no sentí antes. Así que suena a que la decisión final fue correcta, no solo por ser ya inmodificable. Seguir con lo académico jamás me produjo mucho entusiasmo, pero por muchos días (años) quise convencerme de lo contrario. Y descubrí que cargaba con un pesado lastre de genialidad familiar. Pero escojo esto otro que será más difícil de calificar... Escojo el viaje que me hizo descubrir lo reducido de mi mundo, de mis aspiraciones autoimpuestas.

4 de agosto de 2015

Releyendo entiendo que las aspiraciones no son aspiraciones si me las impongo, son solo órdenes de mi codicia. Y es por eso que cuando me quité el peso de un pasado y un presente que ni siquiera fueron, son o serán míos, descubrí en mí la calma por saber que muy detrás de todo eso había guardado remolinos e inquietudes propios más hermosos para mí que los logros que pudiera presentarle al mundo. Y descubrí que del escribir puede no surgir nada nuevo pero al menos encontré mi “cómo” que según creo es casi la mitad de lo que somos. Además creo que es la parte de la mitad que podemos conocer de nosotros. En nuestros “cómo” descubrimos que el otro nos predice, en nuestros “cómo” nos atrapamos a nosotros mismos y nos damos risa y rabia. También a veces orgullo. Y me parece curioso cómo aun sabiéndonos en los “cómo”, somos más difíciles de cambiar, son parásitos hechos de uno mismo pegados a uno mismo. Quiero descubrir todos mis “cómo” posibles, ¿cómo escribo?

5 de agosto de 2015

Mi poética, como en Watanabe, la proyección de todo mi pasado. “Percepciones poéticas y lenguaje acaso sean anteriores a nuestro primer y ya lejano poema”. Y una poética es un continuo.

¿Me piden el estudio de mi propia obra antes de ser escrita? Claro, no fue mi primera “percepción poética”. El primer poema no está hecho de palabras, Watanabe. No es una cristalización del autor. Si no, su capacidad de tránsito se ve frustrada. Tal vez la poética no es la de un autor sino la de un “yo”. Un sujeto que existe en esa, una o varias sucesiones de páginas.

7 de agosto de 2015

Así que en esta reunión de lo que sea que parece ser el poroso límite de mis recuerdos, mis palabras y mis páginas, solo hago un mapeo de mí misma.

“Creo que mi ojo tiene un arbitrario criterio de selección” (Watanabe).

El instante poético no es realmente instantáneo sino que vive de la acumulación de la memoria. Se detiene la memoria, se condensa sin apurarse a decir algo. Se simula presente. Instante: Augenblick. Es eso, o engaña ser eso... un parpadeo de ojos.

10 de agosto de 2015

¿A dónde llegará mi primera poética? Más como una apertura de lo que en este caso, en este proyecto, quiero decir. Solo lo digo porque solo quiero decirlo. No porque me toque, no son indispensables mis palabras para la existencia de la humanidad. Sin embargo, puede ser que alguna conexión en la memoria de un lector luce por hacerse nombre o presencia. Como Soares, “son mis confesiones y si en ellas nada digo, es porque nada tengo que decir”.

26 de agosto de 2015

El lenguaje. La lengua materna, que no solo se ve y se entiende mejor al aprender otro idioma sino al entender otra materna que por nombre es la mía pero no por geografía. La lengua materna está encerrada cultural y geográficamente. Por eso, la aprehensión del español es ilimitada e indeterminada. Existe el múltiple español. Así, el alemán en algún estado material por no decir simbólico, se presenta ante mí igual que el costeño.

No solo escribo en español. Escribo también en el resto de mis sentidos, empozados en la memoria para hacerme transpirar en el rasgueo de la tinta sobre el poro del papel. Así que trazo

palabras españolas, una que otra de otro idioma, una que otra de otro español para mí más lejano. Pero no escribo en español sino en memoria. Un glosario en el que para mí la definición de cada palabra no pueda ser escrita porque no responde a ninguna gramática. Su significado trasciende cualquier significante.

Revisar “El idioma materno” de Fabio Morábito.

Muy pocas de las ideas de las que hablo en este diario se materializaron en *Por la senda de lo ausente*. Sin embargo, cumplieron un papel fundamental para la escritura simultánea de mi trabajo.

Lo que siguió a este ejercicio diario de escritura fueron los textos mismos, conversaciones con amigos y sus lecturas de algunos borradores de mis textos servían para anclar nociones, sobre todo teóricas, que no tenía muy claras. Estas conversaciones y la necesidad que siempre he tenido de acudir a ellas, dependen de un término que desde pequeña mi tío me enseñó para hacerme consciente del proceso de escritura y establecer un orden a lo que quiero decir. Este término es: “cochechar”. Nunca supe bien cómo definirlo, el 24 de agosto de 2015 sentí que necesitaba poder estandarizar una definición, a lo que él respondió:

Cochechar: decir en voz alta ante un interlocutor, de preferencia interesado, el flujo turbulento de ideas que tiene el creador en su mente. Forma parte de la primera etapa consciente del proceso creativo y es la preparación para que los dos procesos siguientes: incubación e iluminación, tengan fundamento en las ideas, opiniones y devenires hechos ante el cocheche. Así pues, el cocheche es un cómplice y un amigo que vive intensamente el proceso que plantea el creador. (Francisco Javier Gómez C.)

Uno de mis cocheches apareció un día en el que, después de muchos meses de no tener contacto con ella, Violeta me escribió desde Buenos Aires que estaba interesada por el tema de mi tesis ya que la de ella tenía mucho que ver con lo que yo estaba haciendo. Hablamos por un rato largo hasta que se me ocurrió la idea de pedirle que me escribiera una carta para saber un poco más sobre Buenos Aires (ciudad de la que quería escribir desde que empecé a pensar en la *Geografía de lo desconocido*). Cuando recibí su carta no pude pasar por alto una respuesta y

descubrí que no había mejor manera de hablar de lo desconocido que teniendo emisores que me dieran una idea propia de lo que para ellos es la ciudad que habitan. Y que de su voz podría saber más sobre las ciudades que se me habían establecido objetivadas. Entonces, le envié a Yéssica (quién fue la principal lectora de este proceso) mi correspondencia con Violeta. Correo que respondió con una hermosa carta sobre Barrancabermeja, ciudad que siempre había dejado al margen de mis intereses hasta que la conocí a ella.

Luego, vino el problema de la estructura. Y entendí que primero tenía que poner los textos que hablaban de las ciudades que yo misma recorrí y que ahora recuerdo distantes pero que han servido para agigantar el deseo de viaje. Y que después, los espacios desconocidos tenían que aparecer como prueba de esta inquietud viajera. Lugares que, ahora que conozco algo diferente a mi vida bogotana, quieren ser explorados cada vez con más fuerza. Las cartas son lo que dan cuenta de la necesidad aventurera que me invade.

La bitácora del proceso se puede concretar hoy en que me siento diferente y a ratos sí frustrada por el resultado. Pero otro lado de mí insiste en que depurar mis múltiples Marianas en estos recuerdos relatados en pro de conservar una memoria caprichosa, eran necesarios como apertura de lo que son las ciudades para quienes las conforman y la hacen existir, fuera de los límites y de una presencia aferrada al suelo que los vio nacer.

Referencias

- Arfuch, L. (2013). La ciudad como autobiografía. *Bifurcaciones: revista de estudios culturales y urbanos*, número 12. Recuperado el 28/12/15 en <http://www.bifurcaciones.cl/2013/03/la—ciudad—como—autobiografia/>
- Bachelard, G. (2000). *La poética del espacio*. Argentina: Fondo de cultura económico.
- Beckinstein, P. (2015). Conversaciones en La Nación: “Todos nuestros recuerdos son falsos”. Entrevista con Nora Bär. Recuperado el 10/01/16 en <http://www.lanacion.com.ar/1830555—pedro—bekinschtein—todos—nuestros—recuerdos—son—falsos>
- Calvino, I. (1999). *Las ciudades invisibles*. Madrid:Unidad Editorial/Bibliotex, S.L.
- Candau, J. (2002). Memorias y amnesias colectivas. Recuperado el 28/12/15 en <http://www.cholonautas.edu.pe/modulo/upload/Candau.pdf>
- Clifford, J. (2008). *Culturas viajeras*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- González y González, L. (Julio, 1985) Microhistoria y ciencias sociales. Conferencia llevada a cabo en el *XLV Congreso de Americanistas*. Bogotá, Colombia. Recuperado el 28/12/15 en <http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx/sites/fondo2000/vol1/otra—invitacion/html/2.html>
- Nucera, D. (2002). “Los viajes y la literatura”. *Introducción a la literatura comparada*. Coord. de Armando Gnisci. Barcelona: Editorial Crítica.
- Saramago, J. (1998). *El Cuento de la isla desconocida*. Recuperado el 10/1/16 en http://www.seg.guanajuato.gob.mx/Ceducativa/CDocumental/Doctos/2012/Junio/04062012/ElCuentoDeLaIslaDesconocida.pdf?Mobile=1&Source=/Ceducativa/_layouts/mobile/view.aspx?List%3Dd06d80f9—29e3—47c3—8724—ae7386b7e9a%26View%3Dfc33569e—a3d4—4deb—95c2—8cd7ea3b4d
- Vásquez, A. (2007). El vértigo de la sobremodernidad: “no lugares”, espacios públicos y figuras del anonimato. Recuperado el 30/12/15 en http://pendientedemigracion.ucm.es/info/nomadas/16/avrocca_sobremodernidad.pdf

Bibliografía

Textos teóricos:

Calvino, I. (2008). *Seis propuestas para el próximo milenio*. Madrid, España : Ediciones Siruela

de Certeau, M. (2000). “Prácticas del espacio”. *La invención de lo cotidiano*. Trad. de Alejandro Pescador. México, D.F: Universidad Iberoamericana.

de Certeau, M. (2008). Andar en la ciudad. *Bifurcaciones: revista de estudios culturales y urbanos*. Recuperado el 10/1/16 en http://www.bifurcaciones.cl/007/colerese/bifurcaciones_007_reserva.pdf

Gaudino di Meo, S. (2014). El sentido de lugar en el no lugar. *Bifurcaciones: revista de estudios culturales y urbanos*. Recuperado el 28/12/15 en <http://www.bifurcaciones.cl/2014/10/el-sentido-de-lugar-en-el-no-lugar/>

Textos literarios:

Carpentier, A. (1996). La ciudad de las columnas. *Revista PH*, número 14. Recuperado el 26/12/2015 en <http://www.iaph.es/revistaph/index.php/revistaph/issue/view/14/showToc#.VqGJbo-cHmQ>

Fuentes, C. (2008). *La región más transparente*. España: Real Academia Española.

Mendoza, M. (2007). *La ciudad de los umbrales*. Bogotá : Editorial Seix Barral.

Pessoa, F. (2013). *El libro del desasosiego*. Barcelona: Acantilado.

Textos artísticos:

Latour, B. (2011). *París ciudad invisible*. Trad. Antonio Arellano Hernández. Recuperado el 21/01/16 en <http://www.bruno-latour.fr/virtual/paris/espagnol/frames.html>

Solar, X. (1927). *Puerto Azul*. Recuperado el 21/01/16 en <http://www.xulsolar.org.ar/coleccion1920.php>

Solar, X. (1936). *Vuel Villa*. Recuperado el 21/01/16 en <http://www.xulsolar.org.ar/coleccion1930.php>

Solar, X. (1939). *Ciuda Lagui*. Recuperado el 21/01/16 en <http://www.xulsolar.org.ar/coleccion1930.php>

Solar, X. (1936). *Mestizos de avión y gente*. Recuperado el 21/01/16 en <http://www.xulsolar.org.ar/coleccion1930.php>

Solar, X. (1949). *Rua Ruini*. Recuperado el 21/01/16 en <http://www.xulsolar.org.ar/coleccion1940.php>

Solar, X. (1948). *Barreras melódicas*. Recuperado el 21/01/16 en <http://www.xulsolar.org.ar/coleccion1940.php>

Canciones:

Rodríguez, S. (1980). *Fabula de los tres hermanos*. En *Rabo de Nube*. Volúmen I. Recuperado el 22/01/16 en <http://www.cancioneros.com/nd/184/8/rabo-de-nube-silvio-rodriguez>